EN CASA DEL GAITERO...

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

VICTORIANO SARDOU,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1867.

EN CASA DEL GAITERO...

EN CASA DEL GAITERO...

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

VICTORIANO SARDOU,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA.

Representada en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, el 12 de Octubre de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ. CALVARIO 18.
1867.

PERSONAJES.		ACTORES.
PETRA	Sra.	Hijosa.
LEOCADIA		Romeral.
FAUSTINA		Valverde.
ROSALIA		Genovés.
DON FABIAN	Sr.	Morales.
DON CAMILO		Casañer.
DON PRUDENCIO		Mario.
DON HILARIO		Alisedo.
DON CAYETANO		Izquierdo.
MARCELINO		Iroba.

ACTO PRIMERO.

Jardin con reja que cierra el fondo y la derecha del teatro con puertas á ambos lados: á la izquierda la casa, á la que se sube por una pequeña escalinata. Sillas de hierro, un veladorcito de lo mismo á la derecha, cerca del proscenio; una mesa rústica en el lado opuesto; bancos, etc.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, que sale de la casa y va al encuentro de FAUSTINA: esta sale por la puerta del fondo vestida con lujo, pero exagerado, y con colores fuertes.

PETRA. Te he visto venir desde muy lejos.

FAUST. Ay, querida! (Dejándose caer en una silla.)

PETRA. Vienes cansada?

FAUST. Calla! esa pícara cuesta es capaz de hacer reventar...

PETRA. Como estan componiendo el camino, y se ha cerrado el paso á los carruajes, tenemos esa pension; pero durará poco.

FAUST. Dices que me conociste desde muy lejos: y yo que pensaba sorprenderte!

PETRA. Pero Faustina! eso no es posible: para eso era preciso que te hubieras vestido como todo el mundo.

FAUST. Ya empiezas con tus manias; no parece sino que soy alguna extravagante, alguna...

PETRA. Óyeme: con algo ménos de aficion á los colores chillones y un poco más de sencillez en tu tocado, aun será posible encontrar para tí un marido: de otro modo, desespero de conseguirlo.

FAUST. Yo me visto como todas las demas jóvenes.

PETRA. Sabes cuántos pretendientes te he buscado desde hace dos años que intento casarte? veinte y tres, Faustina! veinte y tres! y ninguno ha cuajado.

FAUST. Tengo yo la culpa de eso?

PETRA. No, la tengo yo. Un año hará que te proporcioné un jóven de buena familia, bastante rico.

FAUST. Pero de un carácter tan melancólico!

PETRA. Preciso era que estuviese atacado de una desesperacion profunda para... (Mirando con intencion á Faustina.) En fin, os pongo frente á frente y te me presentas vestida como una colegiala, juguetona, saltarina y traviesa. Llena de estupefaccion, intenté poner un término á tu infantil delirio: todo fué inútil, y el melancólico pretendiente, espantado de aquella travesura retrospectiva, echó á correr y está corriendo todavia.

FAUST. La pérdida es para sentida; un hombre de salud delicada...

PETRA. Enhorabuena; pero algun tiempo despues se presentó un capitan de caballeria, que no estaba ciertamente enfermo ni padecia accesos de tristeza; por el contrario, era muy amable y decidor y bromista; demasiado tal vez, pero sin traspasar por eso las leyes de la urbanidad. Por qué le pusiste aquella cara lúgubre y severa?

FAUST. Yo creí que en mi posicion de señorita bien criada, no estaba de más un poco de dignidad, y sobre todo de pudor.

PETRA. Hija-mia: el pudor tiene quince años, y no hay que confundirlo con el decoro. No encuentro nada más ridículo que una inocente de tu edad, que se *ruboriza* ó

hace por ruborizarse, y sin embargo, el color de la vergüenza se obstina en no asomar á su rostro, como no sea á la punta de la nariz.

FAUST. El capitan tiene unos modales...

PETRA. Sí: estan verdes. Lo cierto es que desde hace dos años ha intentado lo imposible, y todo ha sido en vano. Yo me decia; «una mujer que no es fea ni bonita, con doce mil duros de dote, una casa en Ciempozuelos y cuarenta años...»

FAUST. Treinta y ocho.

PETRA. Eso era entonces; pero ya son cuarenta... (y los que me callo).

FAUST. Yo no encuentro nada en mi persona que pueda hacer huir á los hombres.

PETRA. Lo que principalmente los hace huir, es ese lujo que no corresponde ni con tu edad ni con tu posicion.

FAUST. Ya, con que son mis trajes... (Levantándose.) Oh! en ese punto no puedo vencer mis inclinaciones. He recibido una educacion distinguida; tan buena como la de mis primas.

PETRA. Empezamos ya con tus primas? (En tono de reconvencion.)

FAUST. Mi padre era tan rico como el suyo, y si no hubiera muerto arruinado por la crisis del año cuarenta y ocho...

PETRA. Pero murió arruinado.

FAUST. Es decir, que mi mayor defecto consiste en no ser rica. Ya lo sabia yo! Ay! en cuanto á extravagancias, Dios sabe si las mias son comparables con las de otras muchas, y eso no ha impedido á Leocadia hacer un buen casamiento, y por tu mediacion, entre paréntesis; pero á las que son ricas se les consiente todo: galanes, cuántos quieren: locuras y defectos, no digo nada. Ya se ve, tienen dinero!

PETRA. Ya que hablamos de defectos, ocupémonos un poco de los tuyos, y permíteme que te reconvenga de paso por la acritud con que hablas siempre de tus primas, acritud que haria sospechar á cualquiera, que las tienes envidia.

FAUST. Yo envidia!

PETRA. Sí, y tanto más culpable, cuanto que ellas te tratan con la más esquisita bondad.

FAUST. Yo no les debo nada.

PETRA. Perdona si te contradigo: las debes la cariñosa acogida que te dispensan en su casa; los regalos que te hacen; los viajes que por tí emprenden muchas veces: el año pasado fuiste á Biarritz con tu tio y con Rosalia: hace dos años, á Alemania con Leocadia y su cuñada.

FAUST. Ya! ya! si yo hablara del tal viaje!... (Entre dientes.)

PETRA. Qué quieres decir con eso?

FAUST. Nada, nada: y mi silencio te probará que no tengo tan mala lengua como algunos piensan.

PETRA. No sé lo que ocultas bajo esa reticencia: lo que sí sabré decirte es, que si en este momento te mirara un hombre de tí enamorado, huiria cielos y tierra por no verte.

FAUST. Di de una vez que no quieres encargarte de mi colocacion.

PETRA. No es eso, querida; pero déjame que en tu propio interés te diga ciertas verdades. Si soy exigente, es porque te quisiera hallar perfecta. En cuanto á casarte, lo he jurado, y aun cuando no sea más que por amor propio, te casaré, no importa cómo ni con quién, ó perderé mi nombre. Las dificultades me estimulan: lucharé contra los hombres y los dioses por mi pobre Faustina; pero en cambio, hazme un favor: renuncia á ese lujo y á esos tocados extravagantes.

FAUST. Bien: haré lo posible. Ahora permíteme que entre un momento á ver á Rosalia. Ha recibido el modelo de un sombrero diadema de un *chic* original.

PETRA. Eres incorregible! Comerás conmigo?

FAUST. Como gustes.

PETRA. Te cojo la palabra.

FAUST. Hasta luego. (Váse por el fondo izquierda.)

PETRA. Hasta luego.

ESCENA II.

PETRA, luego CAMILO.

PETRA. Ay, pobre Faustina! me parece que cuando tú te cases...

CAMILO. Por aquí ha debido entrar. (*Á la puerta del fondo.*)

PETRA. Qué veo!

CAMILO. Prima! (*Entra.*)

PETRA. Camilo!

CAMILO. Qué encuentro tan afortunado y tan imprevisto! Hace más de año y medio que no te veia.

PETRA. Pero ven acá, mala cabeza: sentémonos.

CAMILO. Sentémonos.

PETRA. Qué arrebato fué aquel? desapareciste repentinamente y todos nos preguntábamos! «Qué habrá sido de este chico!» Algo tenias sin duda...

CAMILO. Y tanto! tenia... que no tenia nada.

PETRA. Ya! estabas arruinado.

CAMILO. Lo que se llama arruinado.

PETRA. Pobre primo! Pero, á lo menos, conservarás aquel caseron antiguo de tus mayores, allá en la montaña.

CAMILO. Ni eso.

PETRA. Cómo! el antiguo castillo de Campo-Roso...

CAMILO. Hipotecado primero...

PETRA. Que habia resistido ocho asaltos de los moros...

CAMILO. Embargado despues...

PETRA. Y en que radicaba tu título de marqués...

CAMILO. Fué vendido, en fin, para pagar á mis acreedores; almenas, armaduras, retratos, todo ha desaparecido, á lo menos para mí.

PETRA. De modo que, no pudiendo vivir en Madrid de la manera espléndida que antes, fuiste á ocultar tu vergüenza...

CAMILO. Á América, de donde no hubiera vuelto á no haber recibido una noticia inesperada.

PETRA. Cuál?

CAMILO. La de que mi tio Sebastian acababa de morir de dolor

por haber perdido á su hijo único, dejándome heredero de diez mil duros de renta.

PETRA. No hay como los calaveras para tener esa fortuna.

CAMILO. Pues bien: admira mi heroismo! el calavera va á desaparecer.

PETRA. Ba!

CAMILO. He formado en mi viaje desde Cádiz aquí, dos resoluciones irrevocables: rescatar á toda costa mi casa solariega y casarme.

PETRA. Tú!

CAMILO. Yo. Con este objeto y con el de abrazarte, dije para mí; busquemos á mi prima Petra. Supongo que sigues con tu mania de casar á todo el mundo.

PETRA. Siempre.

CAMILO. Vocacion singular! pero en fin, otras hay peores.

PETRA. No sé: sigue.

CAMILO. Animado de estos sentimientos, me dirigí á tu casa.

PETRA. En Madrid?

CAMILO. En Madrid. El portero me dijo que estabas en Carabanchel, donde te proponias pasar la primavera. Quieres creerlo? dí un salto de júbilo.

PETRA. Por qué?

CAMILO. Cuando llega uno á la casa de un dentista con la intencion formal de hacerse arrancar una muela, si le dicen que el dentista no está en casa, experimenta una contrariedad deliciosa.

PETRA. Gracias por la comparacion!

CAMILO. Mi conciencia me decia: «tu casamiento queda por ahora aplazado, y no es culpa tuya.» En el mismo instante en que me decia esto mi conciencia, pasa corriendo por delante de mí un carruaje; pero no tan aprisa que no viera medio asomada al marco de la portezuela, una encantadora cabeza de mujer, con unos ojos!... y una sonrisa! No ví más que la cabeza, como te digo; pero bastó para volverme loco.

PETRA. Y qué hiciste?

CAMILO. Entré en un carruaje de alquiler, gritando; «cochero!

sigue esa berlina.» Y bajamos por la calle de Toledo, y el puente y la carretera y Carabanchel Bajo: pero al entrar en el Alto, el animal de mi cochero se metió con el carruaje en una zanja, donde volcamos. Ligero como un gamo, salto por la portezuela y procuro alcanzar á pie á mi bella incógnita: vuelvo hácia aquí los ojos; veo una mujer...

PETRA. Que soy yo.

CAMILO. Sí, tú: si esto no es providencial...

PETRA. Bien, Camilo: arrancaremos la muela.

CAMILO. Procura no hacerme mucho daño.

PETRA. Vamos á ver, mala cabeza: qué circunstancias deseas que tenga la mujer para que sea tu esposa?

CAMILO. Mira; con tal que sea una señorita honrada, la que más me convendria es la que he venido siguiendo hasta aquí.

PETRA. Y por qué esa con preferencia á otra?

CAMILO. Y por qué otra con preferencia á esa?

PETRA. Y si fuera una señorita?... (Con un gesto expresivo.)

CAMILO. No me casaria con ella, y punto concluido.

PETRA. Ah! libertino! merecias que te casara con Faustina.

CAMILO. Quién es esa Faustina?

PETRA. Una cuarentona...

CAMILO. Esas son chanzas pesadas: estamos hablando con formalidad.

PETRA. Si vieras, primo mio, qué disgustada estoy del matrimonio!

CAMILO. Ya sé que no has querido casarte...

PETRA. No se trata de mí: lo digo en tésis general.

CAMILO. Es posible! una mujer como tú, que ha llevado su aficion á concertar bodas, á la perfeccion del arte...

PETRA. Ay! que este arte, ya que así quieres llamarlo, está perdido!

CAMILO. Por qué?

PETRA. Porque el matrimonio se muere: mejor dicho, está muerto. La sociedad moderna ha hecho de él un objeto de lujo que cuesta demasiado caro.

CAMILO. Calla! y yo pensaba casarme por economia.

PETRA. Ya se conoce que vienes del otro mundo. Por economia! si ya no hay hombres bastante ricos para tomar mujer.

CAMILO. Por qué?

PETRA. Porque lo que antes era bienestar, es hoy ya miseria y pobreza. Por ejemplo: un empleado con ocho ó diez mil reales, se consideraba en otro tiempo muy afortunado casándose con una mujer que le llevase en dote ocho mil duros; pero hoy, considerando el precio creciente de las cosas y ese inmoderado deseo de opulencia que ha invadido todas las clases de la sociedad, aun cuando le llevara en dote doble cantidad, retrocederia asustado, y con razon.

CAMILO. Pero es posible!... (Se levantan y bajan al proscenio.)

PETRA. Pues vayamos más arriba: la dote es mayor, pero las exigencias lo son tambien. Los padres de la novia tienen carruaje y veinte mil duros de renta: la niña, educada bajo este pie y con las ideas elevadas que hoy se les inculcan, hallará lo más natural del mundo gastar en proporcion de lo que lleva. En cuanto á las jóvenes casaderas, persuadidas de que el interés de su dote no debe ser absorbido exclusivamente por sus caprichos, búscalas, y si las encuentras, tráemelas: ganarán prima en la plaza.

CAMILO. Entérate bien, Camilo.

PETRA. Y advierte que cuanto más se suba, tanto mayor es el desacuerdo, porque la señora tiene más frecuentes ocasiones de salir, y en último resultado esta es cuestion exclusivamente de salidas.

CAMILO. De salidas!

PETRA. Me explicaré. En otro tiempo, amigo mio, una mujer se casaba para tener su casa y gobernar ese reino en miniatura que tiene un precioso nombre, aunque hoy es ya poco menos que ridículo: el hogar. Entonces, la mujer casi no salia á la calle; pero en el año de gracia de mil ochocientos sesenta y siete en que estamos,

¿cuál es la funcion más ordidaria de una casada? estar fuera de su casa. Y cada salida, segun sea para baile, para teatro, concierto, paseo ó visita, exige un traje diferente. Y en invierno no salen más que de su casa; pero en el verano es otra cosa; salen de Madrid: una madrileña de estos tiempos, va, viene y corre de Deva á San Sebastian; de San Sebastian á Biarritz, con la misma facilidad con que su abuela iba del armario de la ropa blanca á la alhacena de las compotas. Y á todo esto, los trajes se multiplican: los hay de viaje, de baño, de montar, de caza, de pesca, de sol, de lluvia, de niebla; tanto, que las telas de todos ellos, cosidas unas con otras, cubririan desahogadamente el pedazo de terreno que el marido tiene que vender para pagar las cuentas de la modista.

CAMILO. Pero la verdad es que van tan bonitas!...

PETRA. Consecuencia: que un jóven que en otro tiempo se hubiera casado á los treinta años, lo deja para el dia en que su posicion le permita el lujo desenfrenado de mantener una mujer. Los cuarenta llegan antes que la opulencia, y se encuentra con que es demasiado viejo para la jóven de diez y siete que le proponen y él quisiera. Entre tanto, la jóven, rompe, esperándole, un número incalculable de trajes á la moda, y acaba por quedarse para vestir imágenes.

CAMILO. Sacamos en consecuencia que hay muchas jóvenes vacantes.

PETRA. Y muchos matrimonios desavenidos. Ay! tan pronto como case á Faustina...

CAMILO. Te retiras?

PETRA. Inmediatamente.

CAMILO. Y yo?

PETRA. Tú?

CAMILO. Yo. Qué va á ser de mí?...

PETRA. Arréglate como puedas.

CAMILO. Vamos, Petra! si pudiéramos hallar aquella cabecita!

PETRA. Veamos: por dónde tomó el carruaje?

CAMILO. No sé.
PETRA. Cómo iba vestida?
CAMILO. No ví más que un sombrero blanco con plumas verdes.
PETRA. Es Rosalia, mi ahijada: una de las hijas de don Hilario Piqueta, mi vecino.
CAMILO. Piqueta? (Con un gesto de desagrado.)
PETRA. Ex-maestro de obras, y hoy propietario y millonario. Ahora tiene entre manos una empresa de construccion de casas, en compañia de su yerno, que no es otro que mi cuñado Fabian, el hermano de mi marido.
CAMILO. No le conozco.
PETRA. Lo creo: si en el corto tiempo que estuvistes en Madrid...
CAMILO. Tienes razon: no estuve seis veces en tu casa; pero, ¿qué quieres? estaba entonces perdidamente enamorado.
PETRA. Enamorado de veras?
CAMILO. Lo que se llama de veras: de la que se comió el caseron solariego, último resto de mi opulencia. Y dices que Rosalia vive aquí cerca?
PETRA. En la casa inmediata: como que este jardin les pertenece tambien, y aquí nos reunimos los más de los dias.
CAMILO. Toda la familia?
PETRA. Excepto mi cuñado, que no pára nunca entre los suyos un cuarto de hora. Pobre Fabian! ya le conocerás: es un hombre excelente, y lo seria aun más si tuviera tiempo para serlo; pero los negocios no se lo permiten.
CAMILO. En fin, qué clase de sujeto es ese don Hilario?
PETRA. Es un hombre que fué pobre y hoy es rico; hombre práctico, serio, positivo.
CAMILO. Y la madre?
PETRA. Ah! esa es otra excepcion que habia olvidado; como que á veces ni me acuerdo de que existe. Una mujer frívola: por milagro la verás nunca en su casa.
CAMILO. Hijos?...
PETRA. Uno en el colegio.
CAMILO. Hijas?...

PETRA. La mujer de Fabian, y mi ahijada Rosalia.

CAMILO. Qué clase de educacion?...

PETRA. La del dia: de todo saben, menos de las labores de su sexo. Pintan, bailan, cantan, tocan y montan. En fin, ya juzgarás por tí mismo.

CAMILO. Vendrán pronto?

PETRA. Ya no deben tardar... Ah! me olvidaba de otro personaje, acaso el más interesante para tí: Rosalia tiene un primo.

CAMILO. Eso me escama. Enamorado por supuesto...

PETRA. De la prima? eso se ve todos los dias.

CAMILO. Y es correspondido?

PETRA. No sé; pero en todo caso, no con pasion.

CAMILO. Y qué tal?

PETRA. Un jóven con alma de negociante, que dirige metódicamente su cariño, con la fria resolucion que debe presidir á las operaciones de la Bolsa. Poco amor y mucho cálculo: teneduria del corazon por partida doble. Aqiu está: viene con mi cuñado.

ESCENA III.

LOS MISMOS, FABIAN y MARCELINO, que vienen por la derecha.

PETRA. Habeis dejado en Madrid á don Hilario?

FABIAN. No; pero me he adelantado á él.—Perdone usted, caballero. (Saludando á Camilo: este le corresponde.)—Marcelino, pronto, buscas esos papeles.

MARC. En qué legajo estan?

FABIAN. En el carton B, á la izquierda.

MARC. Al momento. (Váse por la izquierda.)

PETRA. Está usted muy ocupado á lo que veo.

FABIAN. Sí; necesito estar de vuelta en Madrid antes de una hora, y no puedo permanecer aquí más tiempo que el necesario para buscar esos papeles.

PETRA. Pero, Fabian! no ha de tener usted un momento de reposo?

FABIAN. Qué quiere usted? como mañana es dia de fiesta... Y la niña?

PETRA. No hace mucho que estaba durmiendo.

FABIAN. Y Leocadia?

PETRA. En Madrid con su madre. No la ha visto usted?

FABIAN. Dónde queria usted que la hubiera visto?

PETRA. En el escritorio.

FABIAN. Bonita es mi mujer para eso: ir ella á mi escritorio! Ah tiene usted á su padre: creo que no está muy contento.

ESCENA IV.

DICHOS y D. HILARIO.

D. Hilario sale por el fondo, muy distraido, acabando de leer un periódico: luego lo dobla con impaciencia y baja al proscenio, procurando ocultar su descontento. Fabian, entre tanto, escribe con lapiz en una cartera, Camilo lee un periódico y Petra hace labor: todos le miran sonriendo.

PETRA. Y por qué? (Bajando la voz.)

FABIAN. Porque no acaban de darle esa cruz, que es su eterna pesadilla: está furioso y no quiere parecerlo.

HILARIO. Buenas tardes, amiga mia.

PETRA. Presento á usted á mi primo. (Camilo se levanta y saluda.)

HILARIO. Caballero!... (Inclinándose.)

PETRA. Qué hay de nuevo?

HILARIO. Lo de siempre.

PETRA. Alguna mala noticia?

HILARIO. No es eso; pero hay cosas que hacen salir á un hombre de sus casillas. Querrá usted creer que han dado la cruz de Isabel la Católica á un Bonifacio Cantero; y por qué? empiece usted á reirse! porque ha recibido en Filipinas tres ó cuatro heridas combatiendo con los moros.

PETRA. Ha visto usted?

HILARIO. Si hay cada intrigante!...

PETRA. Cuánto mejor estaria en el pecho de don Hilario Piqueta?

HILARIO. Oh, amiga mia! no hablemos de mí; suplico á usted que crea que no pienso en semejante cosa.

PETRA. Yo creia que...

HILARIO. De ningun modo; yo estoy por lo positivo, y no me haria más feliz ni mejor una cinta más ó ménos.

PETRA. Sin embargo, sienta tan bien una condecoracion!...

HILARIO. No digo que no.

CAMILO. Y cuando se tiene tan justos títulos como el señor don Hilario...

HILARIO. Eso es lo que yo digo, caballero. Aquí tiene usted un hombre que llegó á Madrid con tres pesetas en el bolsillo, y que á fuerza de trabajo y de industria ha llegado á ser millonario. Yo creo que desde el momento en que se tiene la pretension de hacer creer que se protege al verdadero mérito, hay razon para decir que estoy postergado.

CAMILO. Seguramente.

HILARIO. Dos casas tengo en la calle de Alcalá, una en la Puerta del Sol, y tres en construccion en la Fuente Castellana. Hay muchos propietarios de mi talla?

PETRA. Tiene usted mucha razon.

HILARIO. Si no se recompensa á los que han llegado á este punto de prosperidad...

CAMILO. Pues!

HILARIO. (Con irritacion creciente.) Si se desatiende á los que edifican; por qué no se premia á los que destruyen?

CAMILO. Eso es lógico.

PETRA. Claro.

FABIAN. Concluyente.

ESCENA V.

DICHOS y MARCELINO.

MARC. Aquí estan los papeles.

FABIAN. Bien, bien.—Hay que contestar á la casa de Martorell de Barcelona y á la de Flachart y compañia de Marsella.

MARC. Así se hará.

FABIAN. Estos documentos al legajo Z.—No hay más por hoy.

HILARIO. Duermes esta noche en Madrid?

FABIAN. Preciso: aquel negocio de las minas...

PETRA. Pero Leocadia no tardará en llegar.

FABIAN. Qué quiere usted? mi mujer y yo no hacemos otra cosa que jugar al esconder. Me marcho: voy á dar antes un beso á mi hija.

HILARIO. Mira que no vas á tener tiempo.

FABIAN. Es verdad. (Mirando el reloj.) Bésela usted en mi nombre. (Á Petra.) Hasta mañana. (Á D. Hilario.) Caballero... (Á Camilo.)

PETRA. Tengo que hablar con usted.

FABIAN. Será mañana. Adios.—Marcelino, que no se olvide escribir esa correspondencia. (Saliendo y hablando desde fuera.) Martorell de Barcelona, y Flachart y Compañía de Marsella. (Váse Marcelino por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos FABIAN y MARCELINO.

PETRA. Vea usted un hombre que se ha llegado á persuadir de que vive. Yo le he conocido alegre, instruido, galante, amable, casi artista, y todo esto ha desaparecido. Ya se ve! así lo exigen el legajo Z y la casa Flachart y Compañia.

HILARIO. Y tiene razon: el torbellino de los negocios...

PETRA. Sí: el torbellino de los negocios nos roba nuestros padres, nuestros maridos y nuestros hijos. Ese torbellino es el alma del negociante; el silbido agudo de la locomotora que le dice: «Anda! es necesario llegar: no abraces á tu mujer, no des un beso á tu hija. Pero la vejez se aproxima: la muerte llama á sus puertas y se pregunta el hombre: «Ya? tan pronto? pero si no he vivido estos años de mi vida!» Qué importa? la vida no es ya, como antes, una senda en que se cogen flores, sino el camino

de hierro que suprime el tiempo y la distancia. De qué te quejas? no querias llegar? pues ya has llegado. (Se ve cruzar á D. Cayetano por el fondo.)

HILARIO. Ahí va don Cayetano.—Hola, vecino! éntre usted un momento.

ESCENA VII.

DICHOS y D. CAYETANO por la puerta del fondo.

CAYET. Buenas tardes, señor don Hilario.

HILARIO. Qué tenemos de nuevo?

CAYET. El consolidado, á treinta y uno, cincuenta. La baja continúa! esto es imcomprensible!

HILARIO. Y el diferido?

CAYET. Á veinte y nueve, noventa y cinco... Ah! mi señora doña Petra: cómo va?

PETRA. Á veinte y nueve, noventa y cinco: y usted?

CAYET. Yo, siempre firme.

HILARIO. Tome usted asiento.

CAMILO. (Ap. á Petra.) Quién es este don Cayetano?

PETRA. Un fundidor de hierro.

CAYET. Ah! me olvidaba de decir á usted que mi hijo Prudencio acaba de llegar de Lóndres.

HILARIO. Dónde está?

CAYET. Le dejé cuidando del despacho de su equipaje; pero no tardará en llegar.

PETRA. Y qué edad tiene su señor hijo de usted?

CAYET. Veinte y tres años; pero por el juicio y la experiencia, setenta.

CAMILO. Demonio!

CAYET. Es un chico que sabe vivir, arreglado, económico y grave. Verdad es que ha recibido una educacion!... Desde muy temprano le he lanzado en medio de la corriente del siglo.

HILARIO. Eso es lo que yo procuro hacer con el mio: cuando se les acostumbra desde pequeños...

CAYET. El mio no habia cumplido aun los siete años, cuando le dije: «Mira, muchacho! nosotros estamos en el mundo para ganar dinero: dejémonos de latin y de griego, que son lenguas que no se hablan hoy.»

HILARIO. Esa es mi opinion.

CAYET. Aprende el cálculo: esto es lo esencial. Con esto y un poco de geografía mercantil, algunos elementos de química, de geometria y de mecánica, y si se quiere un poco de historia á ratos perdidos...

HILARIO. Eso es; pero la parte útil de la historia: los hechos y las fechas.

CAYET. Justamente.

HILARIO. La parte positiva y práctica de la historia moderna; porque en cuanto á los griegos y los romanos, yo no sé si á usted le sucederá lo que á mí, pero siempre me han parecido gente de poco más ó ménos.

CAYET. Pues bien: puedo asegurar á usted que el muchacho ha aprovechado mis lecciones.—Á los ocho años, ya sabia la regla de intereses compuestos, y tenia su librito con el debe y haber de la cuenta de sus gastos. (Se levanta.) No puedo acordarme sin experimentar una conmocion deliciosa, del dia en que inquieto acerca del uso que hacia de sus pobres ahorros, (Á Petra.) y temiendo que le preocupase algun amorcillo peligroso,—tenia entonces quince años:—puse la mano sobre una cartera que nos ocultaba cuidadosamente, y... qué creen ustedes que encontré en ella? dos acciones de carreteras que el pobrecillo habia comprado con sus economias. (Enjugándose los ojos.)

HILARIO. Quiera Dios que mi hijo se le parezca.

CAYET. Ah! es de lo que no hay.

HILARIO. Padre feliz!

PETRA. (Ap. á Camilo.) Qué te parece el vecino?

CAMILO. Una joya.

CAYET. Ahí está: mírelo usted.—Prudencio! entra.

ESCENA VIII.

DICHOS y PRUDENCIO.

CAYET. Ven acá: quiero presentarte á mis amigos. La señora doña Petra Bernal, y el señor don Hilario Piqueta.

PRUD. El señor de Piqueta, propietario y constructor?...

HILARIO. El mismo; tenia usted noticias de mí? (Lisonjeado.)

PRUD. Y quién no las tiene de uno de los hombres mas notables de Madrid, por su posicion y su actividad y la solidez de su firma?

HILARIO. Ah! caballero! es usted digno hijo de su padre.

PRUD. Riqueza obliga, señor mio: y yo seria un ente despreciable, si no duplicára á lo menos la herencia que debe trasmitirme mañana ó el otro.

PETRA. (Ap. á Camilo.) (Qué te parece ese rasgo de sentimiento filial?

CAMILO. Conmovedor: me ha enternecido.)

CAYET. (Á Petra.) No es verdad que se conoce al momento lo que vale el chico?

PETRA. De eso estábamos hablando.—Y ha sido feliz el viaje? (Á Prudencio.)

PRUD. Felicísimo: he recorrido la Francia, la Italia, Suiza, Inglaterra y la Holanda.

PETRA. Supongo que ese viaje le habrá servido á usted de mucha instruccion...

PRUD. Comercial, sí, señora.

PETRA. Y se ha detenido usted mucho en Italia?

PRUD. Oh! no, señora: todo lo ménos posible. Es un pais muy atrasado.

PETRA. Atrasado! Ha visitado usted los museos?

PRUD. Ya me esperaba esa pregunta. (Con un gesto desdeñoso.) Los museos! el que ha visto uno, los ha visto todos. No hay más que cuadros de santos y retratos de personas á quienes uno no conoce. Qué interés puede tener eso para mí?

HILARIO. Cabal.

CAYET. Eso le dije yo cuando disponia la marcha: «Prudencio, no vayas á dejarte embaucar por los *ciceroni* y demas gentuza de esa especie: serán capaces de hacerte dar veinte vueltas alrededor de una mala piedra, con el pretexto de que se remonta á los tiempos de Rómulo. Visita los monumentos ni más ni ménos que lo suficiente para que puedas decir que los has visto, y comparar las construcciones modernas con las antiguas.

PETRA. Creo inútil preguntar á este caballero si ha estado en Venecia.

PRUD. Sin quererlo: por casualidad.

CAMILO. (Ap. á Petra.) (Por casualidad ha estado en Venecia!

PETRA. Chist!)—Y qué le ha parecido á usted esa famosa ciudad?

PRUD. Pestilente! descuidada: no se ve más que agua por todas partes: poca gente y ningun comercio. No he visto atraso más lamentable: apénas se conoce el gas, y mientras no cieguen el gran canal, donde se puede hacer un magnífico paseo...

PETRA. (Ap. á Camilo.) (Cegar el gran canal!

CAMILO. Oh Foscari!)

PRUD. Si me habláran ustedes de Inglaterra!

CAYET. Ese, ese sí que es un gran pais.

PRUD. Un gran pais, en efecto. Qué Lóndres! qué Támesis! Y los *docks*? y los caminos de hierro? los hay por todas partes, por debajo de los pies como por encima de la cabeza. Si alguna pena tengo, es la de no haber nacido inglés.

PETRA. (Ap. á Camilo.) Á lo ménos es patriota.

PRUD. Y Birminghan, y sus fábricas de alfileres, de agujas y de plumas de acero? Y Manchester con sus miles de telares? Y Liverpool con sus fábricas, que producen cincuenta millones de libras de jabon al año? Esto es sublime, señora! y si alguna vez he sentido orgullo de pertenecer á la raza humana, ha sido allí, delante de aquella masa inmensa de jabon.

CAYET. (Á Camilo.) No es verdad que se expresa bien el muchacho?

CAMILO. Como un libro.
CAYET. Y todo lo que dice tiene un interés...
PETRA. Vaya! un interés... de quince por ciento.
HILARIO. Aquí viene Rosalia.

ESCENA IX.

DICHOS y ROSALIA, que viene por el jardin, fondo izquierda, vestida con suma elegancia.

ROS. Buenas tardes, papá.
HILARIO. Buenas tardes.
ROS. Señores... (Todos la saludan.)
PETRA. (Ap. á Camilo.) (Es esta?
CAMILO. La misma: pero qué traje es ese?
PETRA. Un traje sencillo de mañana: eso no es nada.)
HILARIO. Rosalia, te presento al señor don Prudencio Lopez, hijo de nuestro amigo don Cayetano.
CAMILO. (Ap. á Petra.) (No me presentes.
PETRA. No?
CAMILO. No habia visto mas que la cabeza, pero ese traje me ha descorazonado. Creo que voy á echar á correr.
PETRA. Todavia no, cobarde!)
ROS. Madrina, he cogido este ramillete para tí: mira qué lindos jazmines! (Besando á Petra.)
PETRA. Gracias; pero de dónde vienes? no te he visto en todo el dia.
ROS. Fuí á Madrid á comprar algunas piezas de música.
HILARIO. Con quién?
ROS. Con nuestra vecina doña Eduvigis, que me ha proporcionado uno de los más agradables espectáculos que pueden verse.
HILARIO. Y qué es?
ROS. No pueden ustedes figurárselo. Como es amiga de esa dama anglo-americana que tiene tanta pasion por los caballos, hemos estado á ver sus caballerizas.
PETRA. (Qué te parece? (Ap. á Camilo.)

CAMILO. No me esperaba esa salida.)

ROS. Pesebres incrustados de plata, placas de metal, bebederos de mármol!... qué lujo, y qué gusto sobre todo! y luego, qué caballos! uno con especialidad, alazan tostado, con una cabeza inteligente y unos pies de ciervo! Oh! es cosa de comérselo!

CAMILO. (Qué mujer es esta?)

CAYET. (Ap. á Prudencio.) (Ahí tienes la jóven de quien te he hablado; qué te parece?

PRUD. (Dirigiéndola los lentes.) No me disgusta; tiene buenos modales y cierta elegancia.—Cuánto?

CAYET. Dos millones, y esperanzas de algo más. Es papel muy buscado en la plaza.

PRUD. Puede ser una buena operacion.

CAYET. Eso quiere decir que puedo negociarla desde luego.) (Se dirige á D. Hilario, le coge por el brazo y salen por el fondo hablando. Prudencio los sigue á alguna distancia.)

ESCENA X.

PETRA, ROSALIA y CAMILO.

PETRA. (Qué me dices? (Ap. á Camilo.)

CAMILO. Que aun no he desmayado por completo: probemos si te parece.)

PETRA. Rosalia?

ROS. Madrina?

PETRA. Te presento á mi primo, Camilo Peñalver.

ROS. Creo haber visto á este caballero antes de ahora.

CAMILO. Á mí, señorita?

ROS. Seguramente: cuándo ha sido? (Procurando recordarlo.)

CAMILO. Esta mañana?

ROS. No.—Ya me acuerdo: hará unos dos años, en el teatro de la Zarzuela.

CAMILO. En el teatro?...

ROS. Sí; con una morena, muy elegante por más señas.

CAMILO. (Turbado.) Yo... es verdad: estaba allí casualmente.—Es

usted aficionada á las zarzuelas? (Procurando variar de conversacion.)

Ros. Á todos lo espectáculos; como que tengo alma de artista.

Camilo. Es usted música?

Ros. Y pintora, y hasta he hecho algunos ensayos en la escultura. Tambien he cantado un poco, pero desde que tuve un fuerte constipado, no he vuelto á alcanzar al *mi*. Lo que más me gusta es la pintura.

Camilo. Hace usted acuarelas?

Ros. No señor; pinto al óleo. Si va usted alguna vez al Museo, me encontrará copiando la *Sacra familia*, de Murillo.

Camilo. Le gusta á usted mucho ese pintor?

Ros. Le diré á usted, no es gran cosa. Lo único que me agrada en él es el colorido.

Camilo. Sin embargo, su reputacion es universal.

Ros. Yo no me pago de reputaciones: yo tengo mi criterio propio, y Murillo me parece así... (En actitud de desmayarse.) lánguido y desmadejado.

Camilo. (Cáspita!)

Ros. Á mí me gustan en todo las sensaciones fuertes; Rivera por ejemplo: eso sí que es pintar! aquel vigor de dibujo, aquella firmeza de pincel!...

Camilo. (Qué marisabidilla!)

Ros. Y qué musculatura! y qué estudio de las carnes!

Camilo. (Muerto soy.) Y espera usted concluir pronto?...

Ros. Á mi vuelta de viaje.

Camilo. Se marcha usted?

Ros. Á Suiza.

Camilo. Tan lejos!

Ros. (Á Petra.) Á eso llama lejos! y á Baden-Baden, y á Interlaken. Hoy es ya tan vulgar eso de ir á las Provincias Vascongadas y á Biarritz y aun á Paris!

Petra. Que con el tiempo iremos á veranear entre los esquimales.

Hilario. (Dentro.) Rosalia!

ROS. (Saludando.) Perdone usted, caballero; papá me llama. Hasta luego, madrina; volveré despues de comer.—Ah! se me olvidaba decirte... Vendrás esta tarde conmigo?

PETRA. Á dónde?

ROS. Á los Campos.

PETRA. Qué campos?

ROS. Los Elíseos; hay otros campos?

PETRA. Y qué tenemos allí?

ROS. Novillada.

HILARIO. (Dentro.) Rosalia!

ROS. Voy, papá.—Lidia lo más escogido de la sociedad madrileña, y la concurrencia será inmensa. Vendrás?

PETRA. No puedo.

ROS. Y quién me acompañará?

PETRA. Rufina.

ROS. No es igual, pero en fin... Adios, hasta luego. (Váse despues de saludar á Camilo.)

ESCENA XI.

PETRA y CAMILO, luego FAUSTINA.

CAMILO. Estoy sudando! me ahogo!

PETRA. Qué te ha parecido?

CAMILO. Tonta, architonta y pedante por añadidura. No has oido aquello de que Murillo es lánguido y desmadejado? (Imitando la actitud de Rosalia.) No abre la boca sino para decir desatinos.

PETRA. Pero aparte de esos defectos, es una jóven honrada.

CAMILO. Y muy guapa sobre todo: así es que no sé qué hacer, si huir ó quedarme.

PETRA. Nada pierdes con estudiarla. Comes conmigo?

CAMILO. Sí.

PETRA. Voy á avisárselo á Micaela. (Entra en la casa y en el mismo momento sale Faustina por el foro izquierda.)

CAMILO. Estaré enamorado? siento un no sé qué; ¡una desazon!...

FAUST. Ya estoy aquí.

CAMILO. (Quién es esta mujer?)

FAUST. Ah! perdone usted, caballero: venia buscando...

CAMILO. Ya! ya comprendo.,. ahora mismo acaba de ir á casa.

FAUST. Quién?

CAMILO. Su hija de usted; Rosalia.

FAUST. Mi hija! qué insulto! qué horror! (Se desmaya.)

CAMILO. (Sosteniéndola.) Qué he hecho! alguna barbaridad. Petra! Petra! (Vuelve Petra.)

PETRA. Qué veo! Faustina! (La colocan entre los dos en un banco.)

CAMILO. Di; no es esta la mujer de don Hilario?

PETRA. No, hombre, no: es aquella Faustina de quien te hablé.

CAMILO. La solterona! el diablo se la... Pero yo he oido decir que hay en casa una mamá! dónde está la mamá? que me traigan á la mamá.

PETRA. La mamá ha salido: ya te he dicho que por milagro la encontrarás en casa.

CAMILO. El cuadro es completo. Adios. (Dirigiéndose á la casa.)

PETRA. Pero me dejas sola con Faustina?

CAMILO. Tienes razon.

PETRA. Ayúdame á trasportarla á casa.

CAMILO. Se marchará pronto? (Levantando á Fanstina.)

PETRA. Come con nosotros. (Camilo deja caer á Faustína sobre el banco.)

CAMILO. Con nosotros! no me esperes. (Váse por la derecha, corriendo.)

PETRA. Ah, cobarde!—Faustina! Faustina!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa de D. Hilario: en el fondo, puerta de salida, y otra á la izquierda que da paso á las habitaciones de Leocadia: á la derecha, otra puerta que comunica con la parte de la casa habitada por Fabian. Muebles de buen gusto y propios de una casa de campo; entre ellos dos canapés á uno y otro lado del teatro; butacas-mecedores, un velador, etc.

ESCENA PRIMERA.

LEOCADIA y ROSALIA, sentadas al velador, cerca del proscenio, examinan varios figurines de modas: FAUSTINA en la puerta del fondo.

FAUST. (Hablando hácia fuera.) Iré por la diligencia de las siete... No se me olvidará... Bien! bien! Adios, tia. (Baja al proscenio.)

LEOC. Qué te parece este Bismark?

ROS. Un poco pálido; y para el verano, sobre todo, estan indicados los colores fuertes.

LEOC. Esta falda al *biés*, es preciosa.

FAUST. Y de *última novedad*.

ROS. Yo prefiero, sin embargo, la encarnada con dientes de lobo y un *ruche* blanco, sobre botas imperiales: es más visible.

LEOC. (Cogiendo otro figurin.) Mira qué bonito traje de verano en batista de Suecia.

ROS. Pche!

LEOC. No te gusta? es precioso y rico.

ROS. Pero no dará golpe.

FAUST. Veamos. (Colocándose entre las dos.)

ROS. No puedes mirar desde ahí?

LEOC. Ya sabes que la pobre es miope.

FAUST. Rosalia tiene razon. (Despues de examinar el figurin.)

LEOC. Qué entiendes tú de esas cosas?

FAUST. Y por qué no he de entender? no puede nadie tener buen gusto mas que vosotras?

LEOC. Vamos! vamos! no te encolerices.

ROS. Si vieras qué fea te pones!

FAUST. Ya se ve! las que no tenemos dinero...

ROS. Empezamos?

FAUST. Mi padre ha sido más rico que el vuestro.

LEOC. Faustina: con esas cosas te pones en ridículo; ni más ni ménos.

FAUST. Tan ridícula como mis trajes; no es eso lo que quieres decir? pero yo no tengo los recursos con que cuentan ciertas personas.

LEOC. De qué recursos y de qué personas hablas?

FAUST. Yo sé bien lo que me digo.

ROS. Déjanos en paz.

LEOC. Mira, mira qué preciosa cofia.

ROS. Pero no me gustan las bridas.

LEOC. Qué es eso? (Mirando un figurin que tiene Rosalia en la mano.)

ROS. Un traje de sociedad.

LEOC. Lindísimo! y qué bien estaria con *aplicaciones de guipure* ó de Cluny!

ROS. Ó con aquellos encajes de punto de Inglaterra.

LEOC. No me los nombres.

ROS. No te quedas con ellos?

LEOC. Son muy caros.

ROS. Doce mil reales! (Con un gesto de desprecio.)

LEOC. Pero Fabian empieza á regatearme el dinero.

FAUST. No reparará en tan poco la de Peralta.

LEOC. Qué dices de la Peralta?

FAUST. Que piensa quedarse con ellos, y como sabes que en todo quiere hacerte competencia...

LEOC. Lo veremos.

ROS. No debes consentir que te ponga el pie delante.

LEOC. De ningun modo: hablaré á mi marido.

ROS. Y si te los niega?

LEOC. Los tendré á toda costa.

FAUST. (Lo creo.) (Con malicia.)

LEOC. Has hecho ya la memoria para tu modista?

ROS. Ya está.

LEOC. Cuántos trajes llevas este verano?

ROS. Trece: no quiero que se escandalice papá.

LEOC. Ahora me acuerdo... El sastre ha mandado á preguntar á qué hora podrá venir á tomar las medidas de nuestras *amazonas*. (Dirigiéndose al otro extremo del teatro con un figurin que examina cuidadosamente.)

ROS. Que venga mañana temprano, ántes de que estemos vestidas.

ESCENA II.

DICHOS, FABIAN y MARCELINO por el fondo, con un plano.

FABIAN. Aquí hay una mesa: estas señoras tendrán la bondad de prestárnosla por un minuto.

ROS. Por un minuto: nunca te vemos más tiempo en casa: apenas llega, pif! vuela! desaparece!

FABIAN. Qué quieres! Y Leocadia?

ROS. Allí está: no la ves?

FABIAN. Qué tal, has dormido bien? (Dirigiéndose á Leocadia.)

LEOC. Bien. (Sin dejar de mirar el figurin.)

FABIAN. Y Magdalena?

LEOC. Lo mismo.

ROS. Qué es esto? (Examinando el plano.)

FABIAN. El plano de nuestra casa de campo, en la que pienso

hacer algunas reformas. (Vuelve á la mesa y examina el plano.)

ROS. Pero, Fabian, hoy es dia de fiesta. Deja eso para otra vez, y haznos compañia.

FABIAN. Ay, hermanita! para mí no hay dias de fiesta.

ROS. Quién dirá que este hombre era tan amable antes de su casamiento! (Ap. á Marcelino.) Serás como él cuando te cases?

MARC. Seré lo que quieras, prima mia.

ROS. Piensas todavia en eso?

MARC. Siempre.

ROS. Qué locura!

MARC. Locura ó no, abrigaré esta esperanza mientras tú no me la quites.

ROS. Verdad es: he hecho mal en alimentarla, porque en último resultado...

MARC. Qué?

ROS. No me desagradas, primo; pero ya ves! no eres bastante rico para mí.

MARC. Llegaré á serlo.

ROS. Si, para empezar, tuvieras á lo menos cien mil reales de renta!...

MARC. Ya tengo cuarenta mil.

ROS. Papá no querrá.

FAUST. (Estos enamorados creen que no hay más que ciegos en el mundo.)

ROS. (Ap. á Marcelino.) Disimula! Faustina nos atisba.

MARC. Vas esta tarde á los Campos?

ROS. Sí.

FABIAN. Esto es: quitando de aquí noventa pies, podremos ensanchar la estufa y construir el estanque para los cisnes. Marcelino, llévale al arquitecto, que está abajo, ese plano, y dile que al momento voy allá. (Váse Marcelino por el fondo.) Hasta luego, querida. (Á Leocadia.)

LEOC. Hasta luego. (Váse Fabian por la derecha.)

CRIADO. (Sale por el fondo.) El señor don Cayetano Lopez y su hijo.

LEOC. Que avisen á papá.

CRIADO. El señor está leyendo en su biblioteca.

ROS. Despiértale.

LEOC. Y haz entrar á esos caballeros: nosotras nos iremos al jardin.

ROS. Ahí estan.

LEOC. Pronto! pronto! (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

D. CAYETANO y D. PRUDENCIO, por el fondo, el CRIADO, y luego D. HILARIO, por la derecha.

CAYET. Hemos tenido la desgracia de asustar á esas señoras?

CRIADO. Han ido á su tocador.

CAYET. Quiere usted avisar á mi amigo don Hilario, de nuestra llegada? (Cuando el Criado se dirige hácia la puerta de la derecha, sale por ella D. Hilario soñoliento y restregándose los ojos.)

HILARIO. Hola! hola! ustedes por aquí?

CAYET. Le hemos interrumpido á usted?... (Váse el Criado.)

HILARIO. Estaba allá entregado enteramente á mis libros.

CAYET. Tiene usted los ojos cargados.

HILARIO. De leer, amigo mio; tengo una aficion tan grande por la lectura!—Qué hay de nuevo?

CAYET. Ayer, señor don Hilario, hice á usted algunas leves indicaciones acerca de un asunto...

HILARIO. Ya! ya!

CAYET. Hoy seré más explícito: vengo á pedir á usted la mano de la señorita Rosalia, para mi hijo Prudencio, aquí presente.

HILARIO. Esas tenemos, señorito?

CAYET. Sí, querido amigo; el pobre muchacho no ha podido ver á su hija de usted sin experimentar una pasion profunda, en vista de tanta hermosura, de tantas gracias y encantos.

PRUD. Qué está usted diciendo, papá? por Dios! no es eso...

CAYET. Que no es eso?

PRUD. Señor mio; papá, con la mejor voluntad sin duda, ha dicho á usted cosas que no pueden menos de perjudicarme en su opinion. Cierto es que las gracias de la señorita... Cómo ha dicho usted que se llama? (Á Don Cayetano.)

HILARIO. Rosalia.

PRUD. De la señorita Rosalia, me han interesado; pero no por esto he olvidado los principios que dirigen todas mis acciones.

CAYET. (Ap. á Prudencio.) Convenido; pero las formas...

PRUD. Ó somos hombres serios ó no. Para qué estamos aquí? para decirnos flores?

HILARIO. De ninguna manera.

PRUD. Pues siendo así, hablemos como el negocio manda: Qué dote lleva su hija de usted?

HILARIO. Dos millones: ni un real más ni un real ménos!

PRUD. Eso es aproximadamente lo que he heredado de mi difunta madre. Y en punto á esperanzas?...

HILARIO. La chica tiene una tia.

PRUD. Enferma? de edad avanzada? decrépita?

HILARIO. Casi no pertenece á este mundo.

PRUD. Y cuánto nos deja?

HILARIO. Tres millones que deben repartirse entre cinco herederos.

PRUD. Que son seiscientos mil reales para nosotros. Así, pues, la señorita Estefania...

HILARIO. Rosalia.

PRUD. Rosalia; perdone usted:—vale al presente dos millones seiscientos mil reales, más lo que heredará á la muerte de usted.

HILARIO. Que será lo más tarde posible.

PRUD. Quién sabe? usted tendrá de cincuenta á cincuenta y cinco años.

HILARIO. Cincuenta y siete.

PRUD. Más en mi favor: solo tendremos que esperar unos quince años.

HILARIO. Qué? qué?

PRUD. Ese cuello... esa cara... Sin embargo, pongamos quince años: esto cuadra perfectamente con mis cálculos. Dos millones seiscientos mil reales, y un millon cuatrocientos mil que usted nos dejará á su muerte, son cuatro millones redondos. Tendré dos hijos, ni más ni ménos: primero un varon, que será banquero: luego una hembra que casará bien. Cuente usted ahora la herencia de papá...

CAYET. Condenado!

PRUD. Dos millones; total seis: separo dos para mis hijos, y me quedan los cuatro que necesito. Si el negocio le conviene á usted, queda concluido.

HILARIO. Si me conviene? no señor; no me conviene.

PRUD. Que no? (Muy admirado)

CAYET. Pero hijo; esos cálculos endiablados...

HILARIO. Otra vez hablaremos del asunto.

CAYET. Sí, sí! porque despues de almorzar... Quiere usted creer que siento frio en el estómago?

HILARIO. Pues no he de creerlo? si en un momento ha hecho una matanza...

PRUD. Vaya un modo de tratar negocios!

ESCENA IV.

DICHOS, PETRA y CAMILO, por el fondo.

PETRA. Buenos dias, señores. Amigo don Hilario, me tomo la libertad de... Pero qué le pasa á usted?

HILARIO. Nada, nada, amiga mia: un poco de desvanecimiento... Permítame usted que vaya á dar una vueltecita por el jardin y al momento vuelvo.

PETRA. Ha recibido usted alguna mala noticia?

HILARIO. No, señora... Viene usted, señor don Cayetano?

CAYET. (Cogiéndose del brazo de D. Hilario.) Cáspita! sabe usted que ese diablo de chico es frio?

HILARIO. Oh! en cuanto á frio... es frio. (Vánse los dos por el fondo.)

ESCENA V.

PETRA, CAMILO y PRUDENCIO.

PETRA. Pero qué es lo que les pasa á esos señores?

PRUD. No me hable usted de eso: no puede uno hacer entrar á los viejos en la corriente... (Váse por el fondo.)

CAMILO. Qué corriente será esa?

PETRA. La que los arrastra, la que los arrebata: la corriente de los negocios. Ahora bien, resuelto caballero, ya estamos en la casa de Rosalia. Qué es lo que estás mirando?

CAMILO. Estoy estudiando la decoracion de la casa, para ver si me revela algo del carácter de sus habitantes.

PETRA. Ahí tienes lo que te hablará más alto que nada. (Señalando á la mesa donde estan los figurines.)

CAMILO. Qué es esto? son trajes de máscara?

PETRA. No, sino de la última moda.

CAMILO. No me lo digas!—Y para qué llevan estas botas tan altas?

PETRA. Para enseñar mucho y hacer desear más.

CAMILO. Á ese caso hemos llegado! Y dime; en qué se conocen hoy las mujeres honradas?

PETRA. En el trabajo que se toman para no parecerlo. Qué quieres, primo mio? desde que llega una jóven á la edad de la razon, que no es sino la de la locura; qué ejemplos tienen presentes? No te ha visto Rosalia en un palco de un teatro en compañia de una mujer cuyo nombre y profesion conoce? pues bien: me atrevo á asegurarte que no la ha quitado los ojos en toda la noche, examinando su traje y tal vez estudiando sus modales. Y don Hilario es uno de esos hombres que gritan á cada paso en el teatro: «Esta comedia es inmoral! no puede uno traer á sus hijas á estos sitios.» Ay, pobre diablo! aun cuando la comedia fuera tan inocente como un auto sacramental representado por figuras de carton; podrias impedir que tu hija viese á su alrededor comedias más desvergonzadas que cuantas pueden presenciarse en la

escena? deja á tu hija en casa y hazla que se acueste á las nueve: á la mañana estarán sus mejillas mas frescas, y su alma tambien.

CAMILO. Pero qué cosas hay aquí! hasta medias de color de carne. (Examinando los grabados que tiene en la mano colocados en forma de abanico.)

PETRA. Y muchas se quejan de que no se casan! Qué os habeis hecho, sencillos atavios de mi juventud? Doce varas de muselina, tres de cinta y una flor en la cabeza, eran todo nuestro adorno: con esto, quince años, la frescura de la juventud y la inocente seduccion de una mirada casta, qué mas se necesitaba para conquistar el corazon del hombre mas gastado? Le veia usted que empezaba por sonreir; luego la sonrisa se trocaba en éxtasis; el éxtasis en prudentes reflexiones, y estas en resolucion irrevocable. Es decir, que se encontraba usted con un casamiento, y doce varas de muselina habian hecho este milagro. Ah, muselina! cándida muselina! las madres ingratas que te deben sus maridos, han renegado de tí para con sus hijas. Blanca muselina, vírgen del tocador! salva á nuestras jóvenes del dia, que se ahogan entre olas de encajes!

CAMILO. Sabes que ese es un gran estímulo para un candidato?

PETRA. Ya te lo he dicho: he reñido completamente con el matrimonio.

CAMILO. Me estan dando ganas de huir.

PETRA. Pues bien, primo mio, aún es tiempo de hacerlo: toma tu sombrero y tu baston, y márchate. (Presentándole el baston y el sombrero; pero Camilo no los toma ni se levanta.)

CAMILO. No sé cómo has podido hacer tantos casamientos.

PETRA. Y estoy no poco arrepentida de haberlos hecho. Vamos? (Camilo toma el sombrero y el baston.)

CAMILO. Si supieras qué indeciso estoy! en toda la noche no he pensado en otra cosa.

PETRA. Ya! si estamos ahí... (Sentándose.)

CAMILO. Ahí estamos.—Y bien considerado; qué hay de malo

en todo eso? de qué podemos acusar á esa pobre chica? Si la agrada el lujo, yo tengo suficiente caudal para satisfacer sus caprichos: si tiene excentricidades, las costumbres de hoy las autorizan.—Pero qué es esto? (Reparando en un papel que hay sobre el velador.)

PETRA. Una nota de Rosalia para su modista.

CAMILO. (Recorriéndola con la vista.) *Peplum*! *cofia echarpe*! *Bismarck coqueton*!—Qué lengua es esta, prima?

PETRA. El español del porvenir.—Conque en resumidas cuentas; estás enamorado?

CAMILO. He debido empezar por hacerte esa confesion: sí; me parece que estoy enamorado.

PETRA. Pues bien: el padre va á venir de un momento á otro, y puedes hacer con él más ámplio conocimiento: estudia á la hija, á la hermana, á la madre, si es que la encuentras alguna vez en casa, y decide por tí mismo. Ya quedas introducido, y te juro que no haré más. Casé á la mayor: pero no casaré á la pequeña.

CAMILO. Por qué?

PETRA. Porque... porque tampoco he podido dormir esta noche. Me han quitado el sueño ciertas palabras que se le escaparon ayer á Faustina.

CAMILO. Qué palabras?

PETRA. Esta es una historia que nada tiene que ver con la de Rosalia: precisamente he venido á aclarar este misterio.

CAMILO. Pero...

PETRA. Te dejo para ir al tocador de mis amigas. Adios, te deseo feliz éxito.

CAMILO. Petra! espera un poco: dame un consejo nada más.

PETRA. Pregunta á esos figurines lo que debes hacer, y ellos te responderán. Hasta luego. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

CAMILO, luego D. HILARIO.

CAMILO. Es mucha crueldad, señor! al casamiento le sucede lo

que al crímen: necesita cómplices. Cuando está uno acompañado le parece más alegre; pero tan pronto como se queda uno solo, toma un aspecto tan lúgubre! Qué debo hacer; me voy ó me quedo?

HILARIO. Já! já! es una precocidad prodigiosa!

CAMILO. Caballero...

HILARIO. Señor mio: creo haber tenido el gusto de ver á usted, no sé dónde ni cuando.

CAMILO. En la casa de mi prima Petra.

HILARIO. Ya! es usted primo de... En ese caso debo mirarle como de la familia. Já! já!

CAMILO. Mil gracias por esa distincion. (Se está burlando de mí este hombre?)

HILARIO. Usted no extrañará... Oh! dispense al amor de un padre este momento de expansion. Acaban de traer del colegio á mi Alejandrito, á mi único varon, y hemos presenciado una escena... Já! já! no me pesa de que la haya oido mi vecino don Cayetano; así habrá podido ver que yo tambien sé educar á mis hijos.

CAMILO. El amor de un padre es siempre excusable, hasta en sus flaquezas.

HILARIO. Ha de saber usted que el chiquitin,—ahora cuenta ocho años;—tiene su caja para guardar el dinero, un lindo juguete que le compré meses atrás. En otro tiempo, los muchachos, y yo el primero, jugábamos con soldaditos de plomo y con tambores y fusiles, lo que hacia que nos aficionáramos todos á la milicia. Hoy se sigue otro sistema, y yo he comprado á mi hijo, como digo, una caja, para que vaya acostumbrándose al órden y á la economia, que son las bases de la moral.

CAMILO. De la moral! (Atónito.)

HILARIO. Cate usted que estando presente don Cayetano, dije al muchacho: «Alejandro, enseña tu caja á este caballero.» Y qué le parece á usted que ha respondido! «Bah! mi caja no es más que un juguete de madera, aunque parece de hierro.» Vea usted aquí el efecto de mis sanas doctrinas: no admira usted esta apreciacion exacta

que distingue á la apariencia de la realidad? «Yo no puedo guardar en ella mi dinero,» añadió. Otra virtud, la prudencia.

CAMILO. Que es madre de la seguridad.

HILARIO. «Pero tiene su cerradura,» le dije; á lo que contestó: «Sí, pero le vienen bien todas las llaves.» Tercera virtud, la desconfianza, que es el alma del comercio. «Tu caja sí,—añadió,—que tiene una cerradura con su secreto, que yo no puedo abrir.»

CAMILO. Cuarta virtud, una aspiracion justa al dinero de papá.

HILARIO. Usted es digno de comprenderme. (Dándole la mano.)

CAMILO. (Ya siento haber venido: tengo calor.) Perdone usted, señor don Hilario; estan educados todos los hijos de usted conforme á ese sistema calculador y práctico? (Haciendo ademan de huir.)

HILARIO. No, señor; nada más que el varon.

CAMILO. Es decir que sus hijas... (Sentándose.)

HILARIO. De la educacion de las muchachas se ha encargado la mamá.

CAMILO. Y es de suponer que no tendrán cajas particulares...

HILARIO. No, señor; para qué? no sacarian de eso más que una moralidad.

CAMILO. Y es?

HILARIO. Que el hombre debe llenar la caja para que la vacie la mujer.

CAMILO. En ese caso, y puesto que sus hijas de usted han permanecido ajenas de esas teorias...

HILARIO. Ajenas! no señor; gracias á Dios, las hay para todos los sexos, y como dice el refran, en casa del gaitero todos son danzantes.

CAMILO. Ya! (Espantado y próximo á levantarse.)

HILARIO. Y tanto es así, que desde que tenian quince años, las inculcaba yo mis ideas sobre el matrimonio.

CAMILO. Pareceré á usted indiscreto si le pregunto cuáles son esas ideas?

HILARIO. Nada más sencillo. Cuando encontrábamos en la calle una señora elegante y en un soberbio carruaje, las pre-

guntaba yo: «Niñas, quién va ahí?»—Y me contestaban al instante, como quien recita de memoria el catecismo: «Una señora que ha hecho un buen casamiento.»

CAMILO. Magnífico!

HILARIO. No es verdad? así es que la idea del matrimonio, se ha hecho inseparable en ellas de los diamantes, del terciopelo y el carruaje.

CAMILO. (Qué familia!) (Levantándose.)

HILARIO. Debo decir á usted, sin embargo, en honor de la verdad, que mi hija Rosalia se ha mostrado muchas veces rebelde...

CAMILO. Ya! la señorita Rosalia no participa del modo de ver de usted en ese punto! (Con esperanza y sentándose.)

HILARIO. Con harto sentimiento mio. (Qué tiene este hombre? tan pronto se sienta como se levanta.)

CAMILO. Ah, señor don Hilario! (Estrechándole las manos.)

HILARIO. Pero yo estoy hablando aquí de mil cosas que no le interesan á usted, y aún no le he preguntado el motivo que me proporciona el honor de esta visita.

CAMILO. Voy á eso: las últimas palabras de usted han fijado mi resolucion. Empezaré diciendo á usted quién soy; mi nombre es don Camilo de Peñalver.

HILARIO. Marqués de Campo-Roso.

CAMILO. Calla! me conocia usted?

HILARIO. No tenia ese gusto; pero como soy yo el que ha comprado los bienes de usted á sus acreedores...

CAMILO. Ha sido usted?

HILARIO. Incluso el castillo de sus antepasados. Y digo castillo, por no lastimar el amor propio de usted, porque la verdad sea dicha, no era más que un monton de piedras ruinosas.

CAMILO. Perdone usted: es un castillo antiquísimo, que en otros tiempos resistió ocho asaltos de los moros.

HILARIO. Pues, amigo mio, no ha resistido el noveno.

CAMILO. Qué quiere usted decir con eso? mi castillo de Campo-Roso...

HILARIO. Puede usted llamarle ya de *Campo-raso.*

CAMILO. (Vándalo! ostrogodo!)

HILARIO. Pero pienso hacer levantar en el mismo sitio una preciosa casita para pasar en ella algunas temporadas, con su jardincito y su palomar.

CAMILO. Qué ha hecho usted de las estátuas?

HILARIO. Las he vendido.

CAMILO. Y las armaduras?...

HILARIO. Tambien: es cosa que ya no se usa.

CAMILO. Y los retratos de familia?

HILARIO. Los tengo encerrados en una guardilla; pero estan completamente apolillados.

CAMILO. (Indignado.) Señor don Hilario Piqueta, muchas cosas conozco yo más apolilladas que esos retratos.

HILARIO. (Receloso.) Por último, caballero; puedo saber á qué ha venido usted aquí?

CAMILO. Verdaderamente que no lo sabia á punto fijo, pero ahora caigo en la cuenta de que he venido á buscar á usted. (Con tono amenazador y dirigiéndose á D. Hilario: este retrocede.)

HILARIO. Eh? qué es lo que significa?... (Alzando la voz.)

ESCENA VII.

DICHOS, ROSALIA y FAUSTINA.

ROSALIA. Qué es eso, papá? por qué das voces?

HILARIO. Es este caballero que... (He tenido un miedo!)

ROS. Qué busca usted aquí?

CAMILO. Señorita, no lo sé, ó mejor dicho, sí lo sé: habia venido con la intencion formal de... Pero estoy completamente arrepentido de mi locura.

ROS. Me parece que cuando un hombre se encuentra en semejante estado, no se le debia permitir que saliera de su casa.

CAMILO. Tiene usted razon y me ausento. (No, me seria imposible acostumbrarme á semejante familia.) (Se dirige hácia la puerta del fondo: en el momento mismo sale Petra por la de la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS y PETRA.

PETRA. Á dónde vas?
CAMILO. Á mi casa huyendo.
PETRA. Lo que quiere decir...
CAMILO. Que estoy curado.—Perdonen ustedes. (*Vále por el fondo.*)

ESCENA IX.

DICHOS, menos CAMILO.

ROS. Pero á qué ha venido aquí ese hombre?
HILARIO. No sé.
FAUS. Que se lo pregunten á Leocadia.
PETRA. (Otra vez?)
HILARIO. Y para esto me ha distraido de mi lectura! (*Se dirige hácia el fondo con Rosalia, muy despacio, gesticulando y accionando, hasta desaparecer por la puerta del mismo.*)
PETRA. (*Á Faustina.*) Qué razones tienes para creer que Leocadia lo sabe?
FAUST. No quiero hablar más: serian ustedes capaces de atribuirlo á envidia y perversidad.
PETRA. Está visto, Faustina; eres una mujer insufrible, y en adelante no cuentes para nada conmigo.
FAUST. Sí, eh?
PETRA. Si por mí te casáras, tendria toda mi vida remordimientos. (*Alejándose de ella con repugnancia.*)
FAUST. (Todos me desprecian; pero juro que han de acordarse de mí.)
ROS. Vienes, Faustina? (*Fuera ya de la puerta del fondo.*)
FAUST. Voy. (*Váse en la misma direccion.*)

ESCENA X.

PETRA, luego FABIAN, por la derecha.

PETRA. Esta perversa criatura ha hecho contra su intencion una cosa buena, y es ponerme en guardia contra el peligro. Tal vez una advertencia oportuna á Fabian...—Aquí viene.

FABIAN. Dónde habré puesto esos papeles? (Viendo á Petra.) Ah! estaba usted aquí. Cómo ha pasado usted la noche?

PETRA. Bien, gracias.

FABIAN. Ha visto usted unos papeles que he debido dejar por aquí?

PETRA. No.

FABIAN. (Buscando.) Estoy casi seguro de que han debido quedar sobre esta mesa.

PETRA. Querido Fabian; tengo que hablar con usted.

FABIAN. Hable usted, señora; de qué se trata? (Yendo y viniendo en todas direcciones como quien busca los papeles.)

PETRA. No podrá usted pararse un momento para oirme?

FABIAN. Diré á usted... está esperándome abajo el arquitecto y no tengo tiempo...

PETRA. Déjele usted que espere.

FABIAN. No puede ser: me ha hecho el favor de venir hoy, á pesar de ser domingo, porque tiene que emprender ciertas reparaciones urgentes.

PETRA. Tambien yo vengo á hablar á usted de eso; de reparaciones urgentes.

FABIAN. Sí?

PETRA. Y que no admiten dilacion.

FABIAN. No será ningun techo que se desploma.

PETRA. Quién sabe? puede que sí.

FABIAN. Oiga! y dónde? (Deteniéndose.)

PETRA. Aquí.

FABIAN. No la entiendo á usted.

PETRA. Se acuerda usted, hermano mio, del dia en que fué á mi casa y me dijo...—En aquellos tiempos hablaba usted

todavia.—«Mi querida Petra, he pensado en casarme, y vengo á pedir á usted el auxilio de su experiencia, en esta circunstancia, la más séria de la vida.»

FABIAN. Cómo quiere usted que lo haya olvidado?

PETRA. «He visto en algunas reuniones, añadió usted, una jóven rica y hermosa, y con cuya familia tiene usted estrecha amistad.»

FABIAN. En efecto, habia encontrado en los teatros y en ciertas reuniones á Leocadia, y como no tenia tiempo para hacerla una corte asídua, me pareció lo mejor encargar á usted el cuidado de hacer nuestra felicidad allanando los obstáculos.

PETRA. Y convencida yo de que la eleccion que habia usted hecho era acertada, me presté de buena gana á satisfacer su deseo.

FABIAN. Y nos casamos inmediatamente.

PETRA. *Inmediatamente*: en eso está el mal.

FABIAN. El mal! no entiendo á usted. Qué motivo habia para retardar el matrimonio, puesto que nos convenia bajo todos aspectos?

PETRA. Qué quiere usted que le diga? yo tengo sobre esa materia ideas un poco antiguas, ideas de mi tiempo, de hace quince ó veinte años nada más; pero que estan en completo desacuerdo con las de hoy. Entonces, todo el que pretendia casarse con una mujer, procuraba ántes agradarla, estudiar su carácter y hacerse amar, ó á lo ménos, estimar de ella. Pero la generacion presente vive tan de prisa! tan de prisa! así es que se casó usted como lo hace todo, al vapor. «Me agrada la futura?» pues hablemos pronto al padre; está conforme el padre? pues que venga pronto el cura.» Y con todas estas prontitudes, se corre tan aprisa en busca de la felicidad, que siguiendo el mismo camino que ella, se la deja atrás sin repararlo. Ah! y cuando se quiere volver á buscarla, aunque se vaya pronto, pronto, se encuentra uno conque ha desaparecido, y que es ya tarde, tarde.

FABIAN. Á dónde va usted á parar? querrá usted decirme que no

soy feliz en mi matrimonio?

PETRA. Qué sé yo, y qué sabe usted mismo de eso? usted está de tal modo ocupado, que de seguro hasta ignora lo que le pasa. (Fabian se sienta.) Pero no es usted, si no yo, quien debe hacer esa pregunta; coloquemos la cuestion en ese terreno, ya que he conseguido que se siente usted una vez. Podrá usted permanecer ahí cinco minutos, sin echar á volar?

FABIAN. Sí, Petra; pero acabemos.

PETRA. Acabemos, pues: dígame usted con la mano sobre el corazon: es usted feliz?

FABIAN. Que si soy feliz? completamente! Digo... todavia no, pero lo seré ántes de mucho: hay que esperar...

PETRA. Qué hay que esperar?

FABIAN. La dicha es una cosa convencional; no es así? una idea fija tras de la cual corre el hombre.

PETRA. Explíquese usted mejor.

FABIAN. Tengo mi esposa y tengo una hija adorada, mi linda Magdalena: pero ya sabe usted que ambiciono mucho para ella: una dote riquísima; y esta es mi idea fija, la felicidad, si se quiere, convencional, tras de la cual voy corriendo.

PETRA. Ya!

FABIAN. Y cuando tenga su dote...

PETRA. No habrá usted concluido aún; lo creo.

FABIAN. No, porque tambien aspiro á tener una buena casa en Madrid, otra de campo en sus cercanias, caballos y...

PETRA. Bien; pero cuando tenga usted todo eso, los caballos inclusive; descansará usted?

FABIAN. Sí, señora, y seré feliz.

PETRA. Dice que será feliz!—Pero lo malo es que para ese dia tendrán ustedes quince ó veinte años más, y de tal modo os habreis acostumbrado á vivir el uno sin el otro, que llegareis á ser como los padres de Leocadia.

FABIAN. Entendámonos, Petra; se queja Leocadia de mi conducta?

PETRA. Leocadia no dice una palabra de eso: soy yo quien me

quejo por ella.

FABIAN. Y con qué razon? sí es cierto que estoy siempre ocupado con mis negocios, en cambio no soy libertino, ni celoso, ni avaro, ni brutal.

PETRA. Ni la pega usted, es cierto.—Y esto se llama un hombre de talento!—Quiere decir, que cuando usted ha regalado á su mujer un precioso mueble, un nuevo tronco para su carruaje, un palco para su teatro favorito y no la pide cuenta de sus salidas frecuentes ni de sus gastos exorbitantes, se dice usted á sí mismo con la tranquilidad del que ha cumplido todos sus deberes: «La verdad es que soy un excelente marido!»

FABIAN. Pero dígame usted...

PETRA. Pero insensato, y mil veces insensato! no ve usted que su mujer tiene un alma ardiente, y que se ahoga dentro de esa felicidad, porque está sola; entiende usted? sola! porque su corazon de usted está allá, en la Bolsa. Tenia usted el deber de formar y dirigir su inteligencia, puesto que al dar á usted su mano, era casi una niña, y no lo ha hecho: debió usted enseñarla por medio de su ejemplo, la justa práctica de sus deberes, que ella anula, y de sus derechos que exagera, y tampoco lo ha hecho usted. Este hombre no ve nada, no comprende nada! su mujer es caprichosa, díscola, maniática: tan pronto se ven en ella arrebatos de alegria como profundas aflicciones, y todo esto no es otra casa que fastidio; fastidio que se va haciendo incurable. Hoy lleva hasta el delirio la adoracion por su hija; mañana dirá «que se lleven á esa niña! por Dios! pronto, que no puedo soportar sus gritos.» Y durante todo este tiempo el marido no hace más que amontonar números y más números. Ella entre tanto no piensa más que en viajes, en los teatros, en los bailes y en las modas, con todo su lujo desenfrenado. El marido entre tanto sigue sumando; dos y tres son cinco, y tres ocho. Ah, incorregible aritmético! por qué no suma usted tambien sus torpezas? el total que sacaria usted, es el siguiente;

que el marido que no es todo entero de su mujer, es poca cosa para ella; que desde el momento en que es poca cosa, no es nada, y que el que no es nada, está en camino de ser... todo. Ahí tiene usted ajustada su cuenta.

FABIAN. (Levantándose.) Petra, ha pensado usted bien lo que está diciendo?

PETRA. Vaya, si lo he pensado! y usted?

FABIAN. Ha sabido usted alguna cosa?

PETRA. Nada absolutamente; pero si ha llegado usted á imaginar que una mujer desocupada, que únicamente se cuida de sus galas á pesar de que es madre y esposa, no está en la pendiente fatal, no sé qué es lo que necesita usted ver para tener miedo.

FABIAN. Petra, tiene usted razon y la doy gracias por su advertencia.

PETRA. Alguien viene; silencio.

ESCENA XI.

DICHOS y MARCELINO, por el fondo.

MARC. El arquitecto está impaciente por marcharse y me manda á preguntar á usted...

FABIAN. Dile que lo siento mucho; pero que por hoy no podemos hacer nada: que ya nos veremos mañana. Sabes donde está Leocadia?

MARC. En su habitacion.

FABIAN. Dila que tenga la bondad de venir.

MARC. Voy. (Vase por la izquierda.)

PETRA. Así me gusta.

FABIAN. Quiere usted presenciar nuestra entrevista?

PETRA. No, no! para esas cosas no debe haber testigos. Ahí viene Leocadia: adios, y háblela usted con dulzura: de ese modo tendrá usted más razon. (Váse por el fondo.)

ESCENA XII.

LEOCADIA y FABIAN: aquella sale por la izquierda.

LEOC. Me llamabas?

FABIAN. Sí, querida Leocadia: tenemos que hablar.

LEOC. Y no puedes dejarlo para otra vez? aún no he acabado de peinarme. (Mirándose á un espejo.)

FABIAN. No estás por eso menos bonita, y cuando así fuera, bien merece ese sacrificio tu marido.

LEOC. Bien, pero acaba pronto.

FABIAN. Al contrario, hablaremos despacio: justamente esta conversacion tiene por objeto iniciar una nueva manera de vivir, ménos agitada que la que llevamos.

LEOC. Menos agitada! Explícate con más claridad, porque no te comprendo.

FABIAN. Pronto me comprenderás: óyeme, pero más que con los oidos, con el corazon y con el alma. (Cogiéndola de una mano, y haciéndola sentar á su lado en el canapé de la izquierda.)

LEOC. Ya te oigo.

FABIAN. En primer lugar, déjame que te manifieste la alegria que experimento al verme á tu lado; porque hace mucho tiempo que no nos hemos visto así, con las manos enlazadas. Casi estoy tentado por caer de rodillas á tus pies para hacerte la confesion de mis culpas.

LEOC. Tus culpas!

FABIAN. Mis grandísimas culpas: sí; porque á puro celo por asegurar mi felicidad, he estado á punto de perderla: mira qué insensatez! la buscaba en el porvenir, y estaba aquí, á mi lado; porque mi felicidad es tu amor.

LEOC. Si quieres decir con eso que no has sido siempre para con tu mujer tan galante como debias, tienes razon.

FABIAN. Si convengo en ello! tengo demasiadas ocupaciones fuera de casa, y esto hace que desatienda la principal de todas, lo que me interesa más, y esa está aquí. Pero no tengas queja por eso: desde hoy vuelvo á tu lado;

desde este momento soy tuyo, completamente tuyo, y como garantia de mi perdon, solo te pido que me digas: «Yo tambien lo deseo.»

LEOC. (Con dulzura.) Puedes dudarlo?

FABIAN. Oh! qué felices vamos á ser! (Cogiéndola las manos.)

LEOC. Debo suponer que en adelante no serás lo que eres desde hace algun tiempo: quiero decir, tan tacaño para todo lo que se relaciona con mis gastos.

FABIAN. Ya! eso es lo que más te preocupa.

LEOC. Por lo ménos, no es cosa que me agrada. Eras tan generoso los primeros años de nuestro matrimonio! pero qué es lo que tienes?

FABIAN. Nada: me estás hablando en un lenguaje tan diferente del mio... (Con tristeza y soltando las manos de Leocadia.)

LEOC. No te enfades, y confiesa que no tienes nada que contestarme.

FABIAN. Sí tal: puedo contestarte que en los tiempos de que me hablas, no solias quejarte de mí sino porque venia tarde á casa, ó por alguna otra causa de esta naturaleza; pero jamás con motivo de esas pequeñeces.

LEOC. Será porque en aquella época no me daba tu generosidad ocasion para quejarme. (Levantándose.)

FABIAN. Di más bien que no habian llegado á tanto extremo tus prodigalidades!

LEOC. Mis prodigalidades!

FABIAN. No encuentro palabra que exprese mejor la idea.

LEOC. Yo creo que gasto tanto como cualquiera otra mujer...

FABIAN. Que gaste tanto: cien mil reales anuales!

LEOC. Ese es el interés de mi dote.

FABIAN. Hace rato que esperaba esa razon poderosa! á usted, señora, la parece muy justo que ese dinero se emplee exclusivamente en satisfacer sus caprichos: no hablemos de la ayuda que debe su dote á la incansable laboriosidad del marido; á nuestra hija para asegurar su porvenir; á los intereses comunes del matrimonio; verdad? el dinero de usted es para sus alfileres, y tú, pobre marido, componte como puedas. (Se levanta.) Pues,

señor, todo lo que se habló cuando recibí esa dote, fué tiempo perdido: lo que debí hacer ántes de casarme, es llamar á la modista, á la costurera, al diamantista y á tantos otros, y preguntarles: «Tienen ustedes bastante con la dote de mi futura?»

LEOC. Si entras en el terreno de las sutilezas...

FABIAN. No son sutilezas.

LEOC. Ó de las bromas...

FABIAN. No me burlo.

LEOC. Te abandono el campo. (Hace que se va.)

FABIAN. No te irás. (Deteniéndola con fuerza por una mano.)

LEOC. Ay! me has hecho daño!

FABIAN. Te he hecho daño? perdona, Leocadia; ha sido sin intencion. Esto no es nada: pobrecita mano! (Besándosela.) Vamos! dime que no estás enfadada conmigo: todo se acabó, no es verdad? (Soplando en la mano de Leocadia.) Ves? ya se fué el dolor.

LEOC. (Entre risueña y enojada.) Qué hombre este! no se puede hablar con él sin que al momento se enfade.

FABIAN. Tengo el genio un poco vivo, es cierto; pero el diablo me lleve si pensaba en enojarme: tú has sido la que...

LEOC. Confiesa que no tienes razon.

FABIAN. (Con agrado.) Vamos á ver! crees tú de buena fé que tus sombreros con pájaros, tus faldas de mil colores, tus encajes y tus diamantes, glorifican á la mujer que los lleva y al marido que los tolera?

LEOC. Y por qué no lo he de creer?

FABIAN. Ya! vamos!

LEOC. Porque en primer lugar, todo eso es de moda.

FABIAN. La razon es poderosísima.

LEOC. Y ademas da de nosotros buena idea, haciendo ver que sabemos vivir como se debe, y que tú eres afortunado en tus negocios.

FABIAN. De modo que tus trajes, vienen á ser un anuncio vivo del marido negociante.

LEOC. Así es como yo lo entiendo, y únicamente así es como yo puedo llevar la bandera de la casa.

FABIAN. Eso de la bandera, es sublime! déjame dar un abrazo á mi bandera! (Abrazándola.) Va usted á ver cómo resulta de todo, que si se viste y adorna tanto, lo hace por pura abnegacion conyugal.

LEOC. En fin, aunque no fuera más que por agradarte...

FABIAN. Á que no lo dices eso sin reirte?

LEOC. La prueba la tienes en que no hace una hora me han traido un vestido de moaré azul de China, un azul precioso, como á tí te gusta...

FABIAN. Y te has quedado con él.

LEOC. Porque sé cuánto te agrada. Y unos encajes de punto de Inglaterra, que le caerán perfectamente.

FABIAN. Conque tambien los encajes! qué prueba de cariño! Díme, y quién va á pagar todo eso?

LEOC. Quién ha de ser? tú, puesto que para tí se ha comprado.

FABIAN. Responda usted á semejantes argumentos! y si á lo ménos fuera eso verdad! si tuviera siempre á mi lado mi hermosa bandera!

LEOC. Qué tienes que decir de ella?

FABIAN. Que está poco tiempo en el cuartel, y que todo el dia se lo pasa en la revista y en la parada.

LEOC. Quieres prohibirme que salga?

FABIAN. De ningun modo: solo quisiera que fuese algo ménos. Si es verdad que en la calle hay distracciones, nunca son comparables con una que tienes dentro de casa.

LEOC. Y cuál es?

FABIAN. Nuestra hija. (Cogiéndola amorosamente las manos.)

LEOC. (Soltándose.) Qué apostamos á que ahora dice que soy una mala madre!

FABIAN. Vamos! vamos! no tengamos ataques de nervios! te lo suplico. No ves qué tranquilo estoy yo? vamos! óyeme.

LEOC. No has acabado todavia?

FABIAN. Si aún no te he dicho el objeto con que te he llamado!

LEOC. Pues bien: acaba de una vez.

FABIAN. Te lo voy á decir en dos palabras: la vida que llevamos es absurda. Yo me consumo haciendo esfuerzos sobre-

humanos para sobrellevar el lujo inútil de esta casa, y no disfruto de mis únicas riquezas envidiables, que sois mi hija y tú. Por lo tanto me he hecho esta reflexion: «Con un poco más de modestia, no tanta ambicion, dos criados ménos y algunas economias en el vestir...»

LEOC. Eso va conmigo?

FABIAN. Pues con quién ha de ir?

LEOC. No! no lo consentiré jamás.

FABIAN. Por qué?

LEOC. Porque no me he casado para vivir en la miseria.

FABIAN. Y quién te habla de vivir en la miseria?

LEOC. La miseria es lo que usted me propone, á lo ménos para mí, que estoy acostumbrada á otras cosas. Mis padres me han dado dos millones de dote para mis gastos particulares, y si quiero arrojarlos á la calle, no tiro más que lo mio. Eso es! porque á usted se le ha antojado meterse á ermitaño, quiere tambien que yo aprisione mi juventud entre las cuatro paredes de la casa. Oh, no! le juro á usted que jamás consentiré, siendo libre, en hacerme esclava; siendo jóven, en hacerme vieja, y estando viva, en enterrarme en este sepulcro.

FABIAN. Yo no sé lo que será usted; pero de seguro no es la jóven honrada y digna que yo habia soñado.

LEOC. Ba! si empezamos á tomarlo en ese tono...

FABIAN. La mujer que tiene semejantes ideas, no debia casarse, por su propio honor, por su probidad misma.

LEOC. Y me ha preguntado usted ántes de casarme, de qué modo pensaba vivir? le he ofrecido yo á usted imitar á las matronas romanas? No habiendo prometido nada; con qué derecho exige usted de mí esos sacrificios?

FABIAN. Eso es lo único que tiene que contestarme, cuando lleno de ternura y de amor, vengo á proponerla que llevemos una vida más tranquila y más íntima.

LEOC. Y por qué pretende usted regatearme mis placeres?

FABIAN. Siempre lo mismo, siempre sus placeres! de sus deberes no se hable. Pero qué madre tiene usted, señora, que no la ha enseñado á usted más que esa palabra!

LEOC. No faltaba más sino que nos insultase usted á mi madre y á mí.

FABIAN. Usted es una desdichada mujer, que ni aún tiene idea de los sagrados sentimientos que invoco; pero gracias á Dios he visto el mal á tiempo, y pondré el remedio.

LEOC. Me amenaza usted?

FABIAN. Ni la amenazo, ni la insulto; pero si usted es incapaz de sacrificarme sus placeres, yo no me siento dispuesto á sacrificar á usted mi salud, y desde ahora la declaro que no daré un real más de la cantidad que voy á señalar á usted para sus gastos.

LEOC. Tendrá usted la audacia de negarse á pagar mis cuentas?

FABIAN. Vaya si la tendré!

LEOC. Quisiera verlo.

FABIAN. Y para empezar, puede usted devolver inmediatamente esos encajes comprados para agradarme, puesto que está usted ya segura de que no me agradan.

LEOC. Eso es imposible: los he comprado ya y he prometido que enviaré mañana el dinero.

FABIAN. Pues bien: páguelos usted como pueda; pero de ningun modo cuente conmigo para eso.

LEOC. Fabian! piense usted bien lo que dice!

FABIAN. Está pensado.

LEOC. Corriente. (Paseándose con agitacion.)

FABIAN. Hoy mismo quedará señalado el nuevo presupuesto de los gastos de casa; y tenga usted entendido que no quiero matarme únicamente por usted, puesto que usted no vive únicamente para mí. Hasta luego. (Váse por la derecha.)

LEOC. No hace mucho, me importaban muy poco esos encajes; pero ahora los quiero á todo trance y los tendré. Oh! vaya si los tendré! (Váse por la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARCELINO, por el fondo: luego D. HILARIO, por la izquierda.

MARC. (Mirando hácia fuera.) Qué elegante! qué linda y qué..... (Entrando.) Pues señor! he hecho mi fortuna! me redondeé. Si no ando listo, la pierdo; me la roban. Afortunadamente mi rival es demasiado antipático para que Rosalia pudiera dudar....

HILARIO. (Saliendo.) Muchacho!

MARC. Tio.

HILARIO. Qué estás ahí manoteando? con quién hablabas?

MARC. Solo.

HILARIO. Solo? pues qué te pasa?

MARC. Deseo pedir á usted un consejo.

HILARIO. Habla.

MARC. Se me presenta un negocio magnífico, y que deseo acometer.

HILARIO. Tú? (Con lástima.)

MARC. Yo.

HILARIO. Para los negocios se necesita cierta experiencia, cierto

aplomo que te faltan.

MARC. Se engaña usted, tio: no soy lo que parezco.

HILARIO. Sí; ya sé que eres socarron, y esta es una excelente cualidad; pero no basta. Á veces es necesaria la audacia y el brio y... —Conque tan bueno es el negocio?

MARC. Y seguro: sin quiebras.

HILARIO. Es alguna idea nueva?...

MARC. Nueva... lo que se llama nueva, no: pero nadie piensa en ella y es lo mismo.

HILARIO. Veamos, veamos! y es asunto del que depende tu porvenir?

MARC. Mi porvenir, mi casamiento, en fin, todo.

HILARIO. Pues á ello.

MARC. Sí; pero el caso es que tengo un escrúpulo...

HILARIO. Escrúpulo! qué significa esa palabra?

MARC. Quiero decir, que mi idea no es lo más recomendable bajo el punto de vista de la moral.

HILARIO. De qué moral? porque hay muchas. Hay la moral social, que no es la misma que la moral política, ni esta á su vez se parece en nada á la moral religiosa, la que tampoco tiene que ver nada con la moral comercial. Á cuál de ellas se opone tu proyecto?

MARC. Yo creo que... á la moral social.

HILARIO. Pero está en el corazon de la moral de los negocios?

MARC. Lo que se llama en el corazon.

HILARIO. Pues siendo así, adelante.

MARC. Lo malo es que el asunto va á dar mucho ruido.

HILARIO. Tanto mejor; en estas cosas, nunca está de más un poco de escándalo.

MARC. Conque me aconseja usted?...

HILARIO. Déjate de escrúpulos, majadero! haz tu negocio y ríete del mundo.

MARC. Voy á empezar al momento.

HILARIO. Espera un poco y dime; tendré yo alguna participacion en la empresa?

MARC. Se lo prometo á usted; palabra de honor.

HILARIO. Te deseo buena suerte.

Gracias. (Váse por el fondo.)

ESCENA II.

D. HILARIO, luego PETRA, por la izquierda.

HILARIO. Este muchacho es listo y promete: como formado en mi escuela.

PETRA. Ay! gracias á Dios que encuentro en esta casa un sér viviente!

HILARIO. Petrita! pues qué, y Leocadia?

PETRA. Ha salido.

HILARIO. Y Rosalia?

PETRA. Ha salido.

HILARIO. Con quién?

PETRA. Con Faustina.

HILARIO. Y Fabian?

PETRA. Ha salido.

HILARIO. No pregunto por mi mujer: esta ya sé que ha salido.

PETRA. Y usted?

HILARIO. Con permiso, voy á salir. Tengo que hacer unas compras, y ya he mandado que me enganchen el cesto. Usted me dispensará...

PETRA. Soy ó no de confianza? Pero dígame usted; es cierto que casa usted á Rosalia?

HILARIO. Sí, señora; con don Prudencio Lopez.

PETRA. Con ese hombre de carton-piedra?

HILARIO. En efecto, es algo estirado; pero tiene cualidades que me encantan.

PETRA. Y si Rosalia amara á otro?

HILARIO. Cuando se casó conmigo mi mujer, amaba á otro, lo que no ha impedido que vivamos juntos en la mejor armonia.

PETRA. (Qué entenderá este hombre por vivir juntos?)

HILARIO. Voy por mi abrigo, que por las tardecitas suele correr un poco de remusguillo. Hasta luego. (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

PETRA y despues LEOCADIA, por el fondo.

PETRA. Ay, qué familia! aún no la he visto una vez reunida.. Pero esta Leocadia, que no ha vuelto desde esta mañana... Gracias á Dios! (Viendo salir á Leocadia.)

LEOC. Qué es eso? de qué te admiras?

PETRA. No puedes figurarte con qué impaciencia te esperaba. Pero de dónde vienes?

LEOC. La pregunta es por lo ménos singular. Vengo... de la calle.

PETRA. Tras de la grave cuestion que tuviste con Fabian, te parece eso prudente?

LEOC. Hija, despues de oir tantas impertinencias, lo ménos que podia hacer para tranquilizarme...

PETRA. Pero estás conmovida, temblorosa; es esa la manera que tienes de tranquilizarte? Leocadia! amiga mia! dime la verdad; de dónde vienes?

LEOC. De los Campos Elíseos.

PETRA. De los Campos?...

LEOC. Sí; tenia necesidad de distraerme: el aire libre me ha hecho mucho bien. Qué más quieres saber?

PETRA. Nada, nada. (Mirándola fijamente.)

LEOC. Pero cómo me miras! Qué es lo que adviertes en mí?

PETRA. Calla! tu marido. (Viendo á Fabian en la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

DICHAS y FABIAN, que viene muy pálido.

FABIAN. (Procurando contenerse.) Ah! ya ha vuelto usted á casa? (Petra hace ademan de retirarse.) No, Petra; suplico á usted que no se vaya: tengo que decir á Leocadia dos palabras delante de usted.

LEOC. Sí, quédate.

FABIAN. (Á Leocadia.) Permítame usted que la pregunte...

LEOC. De dónde vengo? de los Campos Elíseos: ahora se lo

acabo de decir á Petra. Me está por ventura prohibido?...

FABIAN. Ha ido usted sola?

LEOC. Sola.

FABIAN. Eso me parece un poco extraño, pero en fin...

LEOC. Lo tolera usted; corriente.

FABIAN. Advierta usted, señora, que la estoy hablando con la más completa calma, y que me contesta usted con una aspereza que nada justifica.

LEOC. Como me hace usted unas preguntas tan ridículas! Será cosa de que exija usted cuenta de lo que he hecho en todo el dia hora por hora y minuto por minuto?

PETRA. (Con dulzura.) Leocadia, tu marido no exige tal cosa.

FABIAN. Tanto es así, que ni aun habia tenido intencion de hacerla esa pregunta.

LEOC. Pues en ese caso; qué es lo que pretende usted? pero por Dios, acabemos! estoy delicada de los nervios.

FABIAN. Queria preguntar á usted si tiene gran empeño en adquirir esos encajes que rehusé comprarla esta mañana.

LEOC. Los encajes?

FABIAN. Sí.

LEOC. Á qué viene esa pregunta despues de habérmelos negado?

FABIAN. He reflexionado despues que es una verdadera puerilidad de mi parte sembrar entre nosotros tan gran discordia por motivo tan fútil, y como prenda de reconciliacion iba á ofrecérselos.

LEOC. (Con precipitacion.) Muchas gracias; pero ya no los quiero.

FABIAN. No los quiere usted?

LEOC. Ya lo he dicho bien claro.

FABIAN. Vamos, Leocadia, reflexiónelo usted bien.

LEOC. Lo he reflexionado: era un capricho, y ya pasó.

FABIAN. Sin embargo...

PETRA. Pero, amigo mio; puesto que ella misma...

FABIAN. Y usted la cree? ba! eso lo dice por despecho. Ahora mismo voy á traer esos encajes.

LEOC. No, no; si ya he dicho que no los quiero! despues de lo que ha pasado, solo de pensar en ellos me da horror.

FABIAN. Ya! Pero si causan á usted horror, cómo se explica, Leocadia, que acabe usted de comprarlos ahora mismo?

PETRA. Qué?

LEOC. Yo? (Turbada.)

FABIAN. Sí, usted. (Con frialdad.)

LEOC. Quién lo ha dicho?

FABIAN. Quise traerlos para desarmar el enojo de usted y me contestaron: «Ya los ha llevado la señora.»

LEOC. Pues bien, es verdad. No queria confesarlo por un sentimiento que... que deben ustedes comprender.

FABIAN. Sí, lo comprendo hasta cierto punto; pero lo que es para mí inexplicable, es que los haya usted pagado; porque habiendo querido saldar la cuenta, me han dicho que estaba ya satisfecha.

LEOC. Es cierto, la he pagado; como usted no habia querido hacerlo... (Turbada.)

FABIAN. Conque tenia usted dinero?

LEOC. Por lo visto.

FABIAN. No será de sus economias, puesto que antes de ayer tuvo que recurrir á mí...

LEOC. En efecto.

FABIAN. Siendo así, de dónde ha venido ese dinero?

LEOC. Cree usted que lo he robado?

FABIAN. Eso no es responder; de dónde ha venido?

PETRA. Responde, por Dios! responde.

LEOC. Qué quieren ustedes que responda... sino que es mio?

PETRA. Pero cómo? cuándo? de qué? lo has pedido á tu padre?

LEOC. Eso es, sí; mi padre me lo ha prestado.

FABIAN. Está usted segura de ello?

LEOC. Caballero! (Aparece D. Hilario á la puerta primera de la izquierda.)

FABIAN. Aquí está.

ESCENA V.

DICHOS y D. HILARIO.

LEOC. Padre! (Haciendo ademan de dirigirse á su padre.)

FABIAN. Ni una palabra. (Colocándose entre Leocadia y D. Hilario.)

HILARIO. Qué tenemos?

FABIAN. (Sacando la cartera.) Nada; vengo á pagar á usted mi deuda: doce mil reales.

HILARIO. Doce mil reales? de qué?

FABIAN. No se los ha prestado usted á Leocadia?

HILARIO. Yo? cuándo?

FABIAN. Esta mañana.

HILARIO. Leocadia esta soñando: debe ser otro el que...

FABIAN. Esa es precisamente mi opinion. Ya lo oye usted, señora; no es su padre de usted el que le ha prestado ese dinero: debe ser otro como él dice; pero quién es ese otro?

LEOC. Nadie.

FABIAN. Hable usted, señora; porque no es decente que deje á su marido en descubierto de semejante deuda. (Exaltándose.) Tengo prisa por pagarla.

PETRA. Fabian! (Procurando calmarle.)

HILARIO. Responde, muchacha!

LEOC. Ya he dicho cuanto tenia que decir: ese dinero es mio, y no hablaré una palabra más mientras se me pregunte con ese tono.

FABIAN. Quién la ha prestado á usted ese dinero; es el marqués de Campo-Roso?

PETRA. Mi primo?

LEOC. El marqués... (Balbuciente.)

FABIAN. Vea usted la carta que acaban de entregarme ahora mismo, al entrar. Lea usted, Petra. (Abriendo una carta.)

PETRA. Esta carta no está firmada. (Con desprecio.)

FABIAN. Qué importa, si es verdad lo que dice?

PETRA. (Leyendo.) «Pregunte usted, complaciente marido, al señor marqués de Campo-Roso, qué relaciones han me-

diado entre él y Leocadia en los baños de Baden.» (Á Leocadia.) Ya lo oyes; qué respondes á esto?

HILARIO. Responde, hija mia.

PETRA. Yo te lo suplico.

LEOC. Qué quereis que responda? ni conozco á ese caballero, ni entiendo lo que se quiere decir en esa carta. En cuanto al dinero, afirmo y juro que es mio, mio, y no quiero decir más. Me estan ustedes atormentando de una manera cruel... ay! necesito respirar! me ahogo! (Dejándose caer en un canapé.)

HILARIO. Hija mia!

FABIAN. (No he de saber la verdad!)

FAUST. (Dentro.) Entre usted, señor marqués. (Sensacion general.)

ESCENA VI.

DICHOS, FAUSTINA y D. CAMILO por el fondo. Entra un criado con luces.

CAMILO. Tranquilícese usted. (Á Faustina.)

LEOC. (Ese hombre aquí!) (Incorporándose rápidamente.)

PETRA. Mira lo que haces. (Ap. á Leocadia.)

FABIAN. Ha notado usted?... (Ap. á Petra, despues de haber sorprendido el movimiento de Leocadia.)

PETRA. Yo? nada. (Fabian, colocado delante de Leocadia, la oculta á los ojos de Camilo.)

HILARIO. Qué es eso? por qué vienes tan agitada, sobrina?

CAMILO. No es nada que deba alarmar á ustedes: esta señorita que habia ido á los Campos Elíseos con su prima, se extravió entre la multitud, en el momento en que tuve la dicha de encontrarla.

FAUST. Acabábamos de apearnos...

CAMILO. Ya se ve! en aquel bullicio!

FAUST. Y este caballero tuvo la bondad de acompañarme hasta aquí.

HILARIO. Pero y Rosalia?

FAUST. Tranquilícese usted: queda con su primo. (Con malicia.)

FABIAN. Doy á usted gracias, caballero, por su atencion, en mi nombre y el de toda la familia, y sobre todo... en el de esta señora. (Separándose y dejándole ver á Leocadia.)

CAMILO. (Qué veo!) (Sin poder reprimir un movimiento de sorpresa. Leocadia le hace rápidamente señas de que calle.)

FABIAN. Qué! no conoce usted á este caballero?

LEOC. No recuerdo...

CAMILO. Ni yo creo haber tenido nunca el gusto de ver á esta señora, hasta hoy.

FABIAN. No está usted trascordado?

CAMILO. Tengo la más completa seguridad de ello.

FABIAN. No es usted el marqués de Campo-Roso?

CAMILO. El mismo, caballero.

FABIAN. Siendo así, de usted es de quien se habla en esta carta.

CAMILO. Una carta?

FABIAN. Que le suplico lea para sí. (Dándosela.)

CAMILO. (Despues de haber leido.) Esto es una infamia, y cuando vea... (Va á volver la hoja.)

FABIAN. Es inútil que busque usted la firma.

CAMILO. Es una carta anónima! y no la ha hecho usted pedazos!

PETRA. Para qué? así no podríamos averiguar quién la ha escrito.

FABIAN. Eso no es fácil.

PETRA. (Cogiendo la carta.) Sí tal. En primer lugar, puede asegurarse que la ha escrito una mujer.

CAMILO. En qué lo conoces?

PETRA. Ay, primo mio! las letras de las mujeres, se parecen todas. Ademas, esta es de una mujer irritada, porque la temblaba el pulso al tiempo de escribir. No es jóven, porque el papel huele á *milflores*, perfume que se usaba en mil ochocientos cuarenta y cinco, época de su juventud. Es miope, y gasta tirabuzones á la inglesa, (Todas las miradas se dirigen hácia Faustina, que permanece impasible. Petra continúa leyendo.) lo que es fácil de conocer; porque le caian sobre el papel, dejando señales de su paso. Por último, es solterona, porque la palabra *marido* está subrayada con ira, y ademas ignorante, porque la carta está llena de faltas de ortografía.

FAUST. Lo que es eso... (Sin poder contenerse.)
PETRA. Ah! eres tú, Faustina? gracias: me ahorras el trabajo de mandar á decírtelo.
FABIAN. Ah! es usted, señora?...
FAUST. Yo? (Confusa.)
FABIAN. Sí, usted.
FAUST. Crea usted lo que quiera; poco me importa.
FABIAN. Pero responda usted...
FAUST. (Con altivez.) Y si no lo tuviera por conveniente? Déjeme usted salir.
FABIAN. Desdichada!
FAUST. Con qué derecho me interroga usted? Le suplico que no me mezcle para nada en los escándalos de la familia. (Váse por el fondo, seguida de D. Hilario.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos FAUSTINA y D. HILARIO.

FABIAN. (Ap. á Camilo.) Caballero: necesito hablar á usted dentro de un momento: sírvase usted esperarme aquí.
CAMILO. Esperaré.
FABIAN. Gracias. (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

LEOCADIA, PETRA y CAMILO.

CAMILO. Á dónde va?
PETRA. Qué importa, si al cabo ha de saberlo todo!
LEOC. Pero qué ha de saber, si no hay nada?...
PETRA. En ese caso, no hay por qué apurarse. (Con incredulidad.)
LEOC. Saludo á usted, caballero. (Váse por la izquierda.)
CAMILO. Señora... (Volviéndole el saludo, ceremoniosamente.)

ESCENA IX.

PETRA y CAMILO.

PETRA. Qué necesidad tenias de venir aquí?

CAMILO. Si hubiera sabido que la habia de encontrar...
PETRA. Conque la conocias!
CAMILO. Eres el diablo, prima; pero no sabrás nada más.
PETRA. Fabian te ha pedido que le esperes.
CAMILO. Quién te lo ha dicho?
PETRA. Lo he adivinado: querrá tener contigo una explicacion y hay que evitarla á todo trance. Vete y déjame con él.
CAMILO. Eso no es posible.
PETRA. Por qué?
CAMILO. No lo comprendes?
PETRA. Ah, Camilo! si tuvieras en mí un poco de confianza!...
CAMILO. Vaya si tengo!
PETRA. Pues bien: cuéntamelo todo.
CAMILO. Y por qué no exiges de ella la misma confesion?
PETRA. Porque sé que no la hará.
CAMILO. En ese caso, yo debo hacer lo mismo. Tu amiga tiene sus razones para no acordarse de mí: pues bien, yo debo tener las mismas para no acordarme de ella. Este es mi deber.—Ah! otra cosa: esperando encontrarla un dia ú otro, puse en mi cartera tres cartas, que pensaba devolverla, y que voy á entregarte para que tú te encargues de dárselas.
PETRA. Tres cartas de Leocadia?
CAMILO. De Leocadia.
PETRA. Lo haré; pero con una condicion.
CAMILO. Cuál? (Poniendo las cartas sobre el velador.)
PETRA. Que salgas de aquí al instante.
CAMILO. Para que crea el marido que huyo de él!
PETRA. Sin embargo, Camilo, una explicacion á la puerta misma de la mujer, te parece cosa decente? provocareis un nuevo escándalo en presencia del padre, de los criados, que no dejarian de acudir al rumor?...
CAMILO. Tienes razon: y á pesar de eso no puedo ménos de esperarle.
PETRA. Yo le diré á Fabian que te he obligado á salir de aquí, y si tanto empeño tienes en verle, te prometo que le verás en mi casa.

CAMILO. Esta misma noche?

PETRA. No; mañana.

CAMILO. Tan tarde!

PETRA. Te lo suplico.

CAMILO. En fin, sea como quieres.

PETRA. Gracias. Sal por aquí, no haga la desgracia que le encuentres. Pronto! pronto! creo que viene por ahí.

CAMILO. Hasta mañana. (Váse.)

PETRA. Y las cartas? dónde las has puesto? (Viéndolas.) Ah! sobre aquel velador. (Cuando va á cogerlas, sale Fabian que la corta el paso, colocándose entre ella y el velador.)

ESCENA X.

PETRA y FABIAN.

FABIAN. Dónde está?

PETRA. Quién, amigo mio?

FABIAN. El marqués, á quien rogué que me esperase aquí.

PETRA. Se ha marchado.

FABIAN. Iré á buscarle á su casa: es necesario que le vea.

PETRA. Es inútil: no le encontrará usted.

FABIAN. Huye de mí?

PETRA. No: le verá usted y le hablará; pero mañana, en mi casa. Esto es lo mejor.

FABIAN. Petra, es usted la que ha hecho partir á ese hombre?

PETRA. Sí; yo soy. (Sin apartar los ojos de las cartas, que no puede acercarse á recoger por impedírselo los movimientos de Fabian.)

FABIAN. Cuando es usted testigo de la fiebre que me devora y la sed ardiente que tengo por conocer lo que se me oculta!

PETRA. Precisamente á causa de esa fiebre, es por lo que no se halla usted en estado de buscar friamente la verdad.

FABIAN. (Sentándose en el canapé, cerca de la mesa.) Ha creido usted tal vez que llegaria un momento en que escucharia con tranquilidad la nueva de mi deshonra? Sabe usted á quién acabo de interrogar en este momento?

PETRA. Á quién?

FABIAN. Á esa mujer.

PETRA. Faustina?

FABIAN. Sí.

PETRA. Y puede usted dar fe á las palabras de esa desventurada?

FABIAN. Y por qué no, cuando son la expresion de la verdad? Al principio, la encontré dispuesta á callar: inútiles fueron mis ruegos y mis amenazas; pero cuando irritado la dije: «Luego no sabe usted nada; luego ha mentido!» se levantó pálida de cólera, gritando: «Que he mentido! pregúntela usted si es cierto que la sorprendí en Baden hablando con el marqués en el alfeizar de una ventana: pregúntela usted si es mentira que estaba entregándole un papel cuando la sorprendí con mi aparicion inesperada.»

PETRA. (Infame!) (Acechando las cartas.)

FABIAN. «Y el verano siguiente, no se encontraron por... casualidad en los jardines de la Plaza de Oriente? No llamó ella á la nodriza que tenia en brazos á su hija para que el marqués la besase?» (Sorprende un movimiento de Petra que tiene relacion con las cartas, pero que interpreta en otro sentido, y la mira fijamente durante el período que sigue.) «Es ó no verdad, que como la primera vez que los sorprendí juntos, se alejaron rápidamente?»

PETRA. Eso ha dicho?

FABIAN. Sí; eso ha dicho. Pero dígame usted, Petra; por qué, cuando hablaba de mi hija Magdalena y de ese hombre que la besaba, se ha estremecido usted?

PETRA. (Turbada.) Quién! yo? por nada.

FABIAN. Dígamelo usted.

PETRA. Le juro que...

FABIAN. Confiese usted que se le ha ocurrido la misma idea que á mí.

PETRA. (Dios mio! si ve las cartas!)

FABIAN. No ha sospechado usted que ese hombre puede ser no solo el amante de mi mujer, si no el padre...

PETRA. (Tapándole la boca.) Oh! no lo diga usted! eso no es cierto; no lo creo: le juro á usted que es falso.

FABIAN. Y si le digo á usted que yo lo creo?

PETRA. Fabian!

FABIAN. Esta es la principal razon por que quiero ver al marqués; para que cuando éntre en mi casa, ciego de rabia y de dolor, sepa al fin si debo dirigirme á la cuna que está allí, (Señalando á la puerta de la izquierda.) para abrazar á mi hija, ó ahogar entre mis manos á la hija de otro.

PETRA. (Deteniéndole.) Pero, desventurado! esa mujer puede... debe mentir. Qué pruebas ha dado de todo lo que ha dicho?

FABIAN. Pruebas? las tendré: no sé cómo, pero las tendré. (Paseándose por la escena, llega hasta la puerta de la izquierda, movimiento que aprovecha Petra para adelantarse rápidamente hasta el velador, de donde coge las cartas: Fabian se vuelve al ruido: Petra se queda inmóvil y palpitante procurando dominar su emocion. Silencio de un momento, durante el cual, Fabian mira á Petra con desconfianza: luego da dos pasos hácia el proscenio.) Qué es lo que me oculta usted?

PETRA. Nada. (Fabian atraviesa la escena por el fondo, dando la vuelta por detrás de Petra: esta cambia las cartas de una mano á otra.)

FABIAN. Sí; acaba usted de coger de encima de esa mesa unos papeles: unas cartas. (Los dos personajes estan separados por la mesa.)

PETRA. Es cierto: cartas mias.

FABIAN. Y por qué las oculta usted?

PETRA. Yo no oculto nada, Fabian: véalas usted.

FABIAN. En ese caso, no tendrá usted inconveniente en que yo vea su nombre en el sobre.

PETRA. La cólera le ciega á usted, amigo mio. Cuando le digo que estas cartas me pertenecen! me las han traido aquí, las estaba leyendo cuando usted entró, y no creo tener obligacion de enseñarlas.

FABIAN. Es verdad; perdóneme usted: no sé lo que me digo, y sin embargo, con razon ó sin ella... En fin, nada la

cuesta á usted esa condescendencia, y aun cuando no fuese más que en consideracion al horrible estado en que me ve, se lo suplico á usted, Petra! enséñeme usted esas cartas.

PETRA. Qué capricho!

FABIAN. El capricho de un loco; pero de un loco á quien volverán furioso á fuerza de mentiras y de perfidias.

PETRA. Fabian!

FABIAN. (Fuera de sí.) Necesito ver esas cartas, lo oye usted? lo quiero! lo quiero!

PETRA. Y si no lo quiero yo? (Dando algunos pasos á la derecha.)

FABIAN. Petra!

PETRA. Digo que no las verá usted. (Quemando las cartas á la luz de una de las bujias que hay sobre la mesa de la derecha.)

FABIAN. Qué hace usted? (Quiere impedirlo, pero se lo estorban el canapé y la mesa que estan entre los dos personajes: Petra arroja al suelo las cartas encendidas, y Fabian hace un movimiento para correr hácia ellas.)

PETRA. (Deteniéndole.) Vamos, Fabian!

FABIAN. Déjeme usted.

PETRA. No.

FABIAN. Cuidado!

PETRA. No, no!

FABIAN. Déjeme usted, desdichada! (Desprendiéndose con violencia de los brazos de Petra.)

PETRA. Ya es tarde. (Viendo que el fuego ha consumido las cartas.)

FABIAN. Quemadas! ay! yo buscaba una prueba y estaba ahí.

PETRA. No lo crea usted.

FABIAN. Ya no puedo abrigar la más pequeña duda: Dios mio! Dios mio! (Cae desplomado sobre el canapé, ocultando el rostro entre las manos y sollozando.)

PETRA. Fabian! hermano mio!

FABIAN. Ah! déjeme usted!—Qué es lo que me sucede? qué he hecho para merecer esta desgracia? Nada! al contrario. Trabaja, miserable esclavo! agota las fuerzas de tu cuerpo y de tu alma por tu mujer y por tu hija: tu mujer no es tuya; tu hija no es tuya; el ser adorado que

era tu alegria, el sueño y la flor de tu vida, no te pertenece. Tu corazon te ha mentido; la naturaleza te ha mentido; y no hay otra cosa de verdad que tu dolor y tu vida quebrantada. Y para que no dudes de esa verdad, mira! ahí está escrita, en esas cenizas. Míralas, desgraciado! míralas, y muérete de vergüenza y de afliccion!

PETRA. Pero quién afirma que?... porque en fin, yo misma no sé lo que contenian esas cartas; no! se lo juro á usted por mi vida. He tenido miedo, y en un momento de extravio... Y quién nos dice que no nos engañemos los dos?

FABIAN. Ah! (Irónicamente y dirigiéndose á la izquierda.)

PETRA. Pero no nos ocupemos de Leocadia, sino de su hija de usted.

FABIAN. De mi hija!

PETRA. Sí; porque sea cual fuere el delito de la madre, no está probado que Magdalena...

FABIAN. (Dolorosamente.) Y quién me asegura lo contrario?

PETRA. Yo.

FABIAN. No quiero oir hablar de eso: déjeme usted. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

PETRA. Á dónde va usted?

FABIAN. No quiero permanecer aquí más tiempo.

PETRA. Dejar su casa...

FABIAN. Mi casa! por ventura es mia? hay algo aquí mio? nada! nada! Dirá usted á esa mujer que me he marchado; que desde hoy es libre. En cuanto á su hija, no se la disputo; puede quedarse con ella, puesto que es suya.

PETRA. (Con tono suplicante.) No haga usted eso.

FABIAN. Adios: mañana iré á ver á usted á su casa. Vamos! no llore usted! yo estoy ya tranquilo. En el primer momento, no es uno dueño de sí mismo; pero ahora... ya estoy como si tal cosa hubiera pasado. (Ahogando un sollozo.)

PETRA. No! no dejará usted esta casa sin saber ántes si la pobre niña á quien abandona es ó no su hija. Yo se lo su-

plico á usted, Fabian: espere usted una hora, nada más que una hora, y yo sabré la verdad, cuésteme lo que me cueste.

FABIAN. Bien: voy á entrar en mi habitacion: haga usted lo que quiera: ya ni espero ni creo en nada; pero si dentro de ese tiempo no va usted á buscarme...

PETRA. Es señal de que nada satisfactorio tengo que decirle.

FABIAN. En ese caso... hasta mañana.

PETRA. No; hasta luego. (Esforzándose por sonreir.)

FABIAN. Hasta luego? (Con aire de duda.)

PETRA. Sí.

FABIAN. Veremos. (Váse por la derecha.)

PETRA. Veremos! no se trata ahora de llorar, sino de hacer hablar á esa mujer.

ESCENA XI.

PETRA y LEOCADIA, por la puerta de la izquierda.

LEOC. Petra! Petra!

PETRA. Qué tienes? qué pálida vienes!

LEOC. Magdalena está enferma.

PETRA. Ah!

LEOC. Sí, y por culpa mia. Cuando salí esta mañana, despues de mi altercado con Fabian, se me olvidó advertir que habia una ventana abierta cerca de la cuna en que mi niña dormia; se ha quedado así hasta la tarde, y cuando volví hace poco, me encontré á mi hija toda encendida, con la respiracion fatigosa, y sin duda alguna tiene fiebre. He enviado á buscar al médico, pero tarda y estoy llena de impaciencia.

PETRA. (Por fin, queda á lo menos la madre, y la madre hablará.)

LEOC. Pero qué tienes? te encuentro turbada.

PETRA. Estoy reflexionando que nada de eso hubiera sucedido...

LEOC. No tienes necesidad de acabar: yo tengo la culpa de

eso; es cierto, y hace una hora que me lo estoy repitiendo sin cesar.

PETRA. Vamos al lado de tu hija.

LEOC. No es necesario: mi doncella está á su cabecera, y me llamará si hay alguna novedad. No puedo estar allí, porque me consumo. Ah! estos médicos que no vienen!...

PETRA. Vamos! cálmate.

LEOC. Ya ves! con los niños todos los cuidados son pocos. Y Fabian, dónde está? bien podia haber salido en carruaje para buscar al médico.

PETRA. Tu marido no sabe nada.

LEOC. Es verdad. (Dirigiéndose á su habitacion.)

PETRA. No; no llames: ha salido.

LEOC. El momento es oportuno... Y no sabes á dónde ha ido?

PETRA. No.

LEOC. Sin duda al Casino: verás como vuelve á las dos de la madrugada.

PETRA. Tu marido no piensa volver. (Mirándola con atencion.)

LEOC. Que no piensa volver?

PETRA. Así me lo ha dicho.

LEOC. Dices que Fabian... Qué significa esto?

PETRA. Que despues de la escena que habeis tenido hace poco, se ha dado cuenta del profundo abismo que os separa, y que cansado de las luchas que venian repitiéndose diariamente por los caprichos y los gastos de su mujer, prefiere devolverla su libertad, á labrar el infortunio de ambos.

LEOC. (Con voz sorda.) Y se ha marchado!

PETRA. Sí, Leocadia.

LEOC. Es una separacion lo que quiere! se va y me deja de este modo! (Conmovida á pesar suyo.)

PETRA. Lloras?

LEOC. Llorar! ba! y por qué? porque mi marido me deja de una vez? no me dejaba ántes, de dia por la Bolsa, y de noche por el Casino? Lloraré porque me concede mi parte de esa libertad que tomaba ántes exclusivamen-

te para sí? Ya conoces que no hay en todo esto motivo para llorar; al contrario.

PETRA. (Con dulzura.) Y sin embargo, lloras.

LEOC. La verdad, me lastima que haya escogido para abandonar la casa el momento en que su hija está mala.

PETRA. Su hija?

LEOC. (Asaltada de una idea repentina y lanzando un grito.) Ah! supongo que no querrá separarme de ella.

PETRA. Te diré...

LEOC. No! no lo consiento! Quédese con mi dote, con la casa, con todo lo que quiera; pero que me deje mi hija; lo oyes? no quiero que se lleve á mi hija.

PETRA. No tiene semejante intencion.

LEOC. Ahora dirá eso; pero verás luego cómo me la reclama.

PETRA. Te juro que nada tienes que temer por ese lado.

LEOC. (Inquieta.) Por dónde ha salido?

PETRA. Por el gabinete, en el momento en que tú entrabas. Si quieres, para tranquilizarte en ese punto, que te repita sus últimas palabras...

LEOC. Qué palabras?

PETRA. «Dígala usted á Leocadia, que la dejo á Magdalena...»

LEOC. Ha hecho bien: de ningun modo habia de dársela!

PETRA. «Porque, aun cuando la hija pertenece al padre...»

LEOC. Sigue.

PETRA. «Con respecto á esa niña no tengo ningun derecho á ella... puesto que no es mia.»

LEOC. (Sin comprender por el momento.) Que no es suya su hija! (Comprendiendo la idea y lanzando un grito de indignacion.) Ah! su hija no es suya! su hija! Magdalena? No es él el padre de mi hija?

PETRA. Así lo cree por lo ménos.

LEOC. Y tiene la osadia de... Pero esto es una infamia! Llámale! que venga! quiero que venga, y que se atreva á renegar de su hija inocente al pie de su cuna, delante de mí, delante de la madre... delante de Dios!

PETRA. Ah! si te oyese!

LEOC. Y por eso se marcha! Pero si no es suya; dónde está?

quién es el padre?

PETRA. Tu amante.

LEOC. Mi amante! qué amante?

PETRA. Camilo.

LEOC. Pero habeis podido creerlo?

PETRA. No es cierto?

LEOC. No, no es cierto: te lo juro.

PETRA. Leocadia! (Manifestando duda.)

LEOC. No me crees?

PETRA. Pero quién ha de creerte, desventurada? todo te acusa; tu silencio, tus mentiras; por qué has mentido: tú conocias á ese hombre.

LEOC. Ay, Dios mio! hubiera mentido á saber que habiais de sospechar tal infamia, tan lejos de la verdad?

PETRA. Pero qué verdad? Dilo por fin.

LEOC. (Dejándose caer en el canapé á la derecha.) Ah! déjame! eso es indigno de vosotros; eso es horrible! Habeis pensado semejante villania de mí, todos, y él el primero! Y no tengo medios de justificarme, de defenderme! nada! nada!

PETRA. Sí, los habrá: pero dime la verdad; qué es lo que ha mediado entre ese hombre y tú?

LEOC. Una cosa que no puedo confesar sin avergonzarme.

PETRA. Nadie nos oye.

LEOC. Un servicio prestado; dínero. (Bajando la voz.)

PETRA. Dinero!

LEOC. Ya te acordarás de cuando fuí á Baden con Faustina y Carlota, la difunta hermana de Fabian. Cuando llegué á los baños, no puedes figurarte qué pequeña me parecí á mis propios ojos. El lujo desenfrenado de muchas de aquellas mujeres, me humillaba, y Fabian habia empezado á escatimarme el dinero para mis gastos. Un dia en que buscando un pasatiempo cruzábamos Carlota y yo por delante de la sala de juego, nos llamó la atencion el ruido del oro, y llevadas de la curiosidad, entramos. Lo nuevo del espectáculo, el afan de competir con aquella sociedad elegante, y el ejemplo de otras

señoras sentadas alrededor de la mesa, estimularon mi deseo, y jugué. Te lo confieso; el aliciente de la ganancia tuvo su parte, y no pequeña, en aquel impulso. Queria brillar, brillar como las otras, y cerré los ojos al peligro que corria y á los consejos de mi cuñada. Al principio me fué la suerte favorable; pero despues cambió. El vértigo por una parte, la pasion por otra, me cegaron, y cuando pude darme cuenta de mi situacion, perdia una cantidad crecida que no podia pagar. En torno mio oia palabras equívocas, cuchicheos maliciosos, porque sin duda habia sido notada mi turbacion! Todos me miraban de una manera tal, que el rubor subia á mi frente y estaba á punto de desmayarme. En este momento oí una voz desconocida que me dijo: «Señora, permita usted á su compañero que salde la cuenta: la suerte no nos es hoy favorable!» Sin esperar mi respuesta, arrojó sobre la mesa unos cuantos billetes de banco, y dándome el brazo me sacó de la sala. Al dia siguiente vendí mis joyas, con lo que pude pagarle una parte de mi deuda, y más tarde le entregué el resto en los jardines de la plaza de Oriente, para lo que tuve necesidad de darle una cita. Ni ántes ni despues ha mediado otra cosa entre nosotros: te lo juro, Petra, por la vida de mi hija enferma; si no me crees, no sé ya cómo persuadirte.

PETRA. Ah! sí! vaya si te creo! pues no habia de creerte! Leocadia! no puedes figurarte con qué placer te he escuchado.

LEOC. Pero qué me queria decir Fabian cuando hace poco me hablaba del marqués y de no sé qué dinero?

PETRA. Es verdad: áun no me has explicado cómo has podido comprar esos encajes; has recurrido tambien á él?...

LEOC. No; he hecho otra cosa que me costaba empacho confesar: he empeñado mi aderezo de boda, el que me regaló Fabian; y he vuelto á mi casa llena de alegria por haber satisfecho un capricho que me proporcionaba unas cuantas varas de encaje, y que me hacia perder

al mismo tiempo la salud de mi hija y el amor de mi marido.

PETRA. No, no los perderás; el cielo es justo. Fabian! Fabian! (En alta voz y dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

LEOC. No me decias que habia salido?

PETRA. Te he engañado: está ahí. Fabian? (Empujando la puerta.)

LEOC. No responde. (Entra Petra un momento y sale con un papel en la mano.)

PETRA. Ha salido dejándome este papel. (Lee.) «No espero más tiempo, amiga mia: estoy seguro de que á fuerza de mentiras acabará de persuadir á usted de su inocencia; pero yo que nada creo, me marcho.»

LEOC. Ah! (Con dolor.)

PETRA. Pero es posible!...

LEOC. Y á dónde ha ido?

PETRA. No sé; pero yo le encontraré: te respondo de ello, y lo sabrá todo: pero...

LEOC. Qué?

PETRA. No me creerá.

LEOC. No te creerá!

PETRA. No: dirá que el marqués y tú habeis inventado esa fábula del juego para engañarle. Ah! qué necia soy! yo debí obligarle á quedarse para que te oyera, para que viera tus lágrimas.

LEOC. Todo se ha perdido. (Con desesperacion.)

PETRA. Vamos: serénate y no llores: no se trata de eso, sino de buscar un medio... No tienes ningun testigo, ninguna prueba de lo que me has contado?

LEOC. Muerta Carlota, ninguna.

PETRA. Piénsalo bien.

LEOC. Ah! sí, una prueba de que no podrá dudar. (Con alegria.)

PETRA. Cuál?

LEOC. Mis cartas.

PETRA. Tus cartas? (Espantada.)

LEOC. Sí; mis tres cartas que dirigí al marqués con motivo de aquel suceso, y que, por temor á comprometerme, hice escribir á Carlota. Supongo que Fabian no creerá que

su hermana ha resucitado para acreditar una mentira.

PETRA. (Qué he hecho!)

LEOC. Es muy posible que las conserve, y en este caso me he salvado. Corre, ve á su casa.

PETRA. El caso es que... Dios mio! Dios mio!

LEOC. Qué te pasa?

PETRA. Que esas cartas estaban no hace mucho en mi poder y las he quemado.

LEOC. Qué dices?

PETRA. No sabiendo lo que contenian, aquí, delante de Fabian...

LEOC. Ah, Petra! me has perdido! (Cayendo en el canapé desvanecida.)

PETRA. No, no! te salvaré. Socorro! (Un criado aparece á la puerta de la izquierda.)

CRIADO. El médico ha venido.

PETRA. Oyes, Leocadia? el médico está ahí. Levántate, corre! por tu hija, levántate. (Ayudándola á incorporarse.)

LEOC. Magdalena! (Levantándose: Petra la conduce hasta su cuarto.)

PETRA. Dios te conserve á tu hija, que yo la devolveré su padre; te lo juro. (Leocadia se va por la izquierda: Petra se dirige á la puerta del fondo, por donde sale al mismo tiempo don Hilario.)

ESCENA XII.

PETRA, D. HILARIO.

HILARIO. Ay, Petra! Petra de mi alma!

PETRA. Qué trae usted?

HILARIO. Y Fabian?

PETRA. Ha salido.

HILARIO. Es necesario buscarlo, perseguirlo, encarcelarlo.

PETRA. Á Fabian?

HILARIO. No; al bribon de mi sobrino. Lea usted, y dígame si esto se hace entre cafres. (Dándola una carta.)

PETRA. (Lee.) «Mi querido tio: pido á usted perdon; pero ani»mado por sus consejos, he robado á mi prima, cuya

»mano le pido humildemente. Este es el nogocio de que »hablaba á usted esta tarde.—Su respetuoso sobrino...»

HILARIO. Como yo los atrape! y los atraparé: no deben estar muy lejos, y en este momento voy al Gobierno civil.

PETRA. Dice que usted le ha animado con sus consejos.

HILARIO. Es verdad: pero quién habia de sospechar?... No hay que perder tiempo; mi venganza será ejemplar! (Váse corriendo por el fondo.)

ESCENA XIII.

PETRA, sola.

Ah! familia desdichada! yo veia venir tus desastres; ahí están: Leocadia comprometida, Rosalia robada, el padre furioso, y la mamá en la calle!... He aquí el resultado de ese sistema positivo y práctico.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala en la casa de Petra; á la izquierda, en primer término, una puerta; otra al fondo, y una chimenea á la derecha. Sillas, y butacas cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

ROSALIA, luego CAMILO, por el fondo.

Ros. Si es Marcelino, no abras: Petra no quiere que entre aquí, ni yo tampoco. (Desde la puerta del fondo, hablando hácia dentro.) Oigo una voz de hombre; (Bajando á la escena.) si será él?

Camilo. Señorita!

Ros. Ah! es el señor marqués.

Camilo. Usted aquí?

Ros. Desde anoche, amigo mio.

Camilo. Y Marcelino?

Ros. En Madrid.

Camilo. Es él el que la ha traido á usted aquí?

Ros. Yo le obligué á ello, y la verdad sea dicha, contra su voluntad.

Camilo. Bien! bien!

Ros. Tengo yo mucho carácter, no crea usted... En el pri-

mer momento... no sé si fué el miedo ó la sorpresa, pero es lo cierto que no supe lo que hacia: sin embargo, al verme á solas en el carruaje con mi primo, exigí de él que me condujese aquí. Marcelino se niega á ello; me enojo y el pobrecillo al fin obedece; pero, voluntariamente ó no, el cochero toma un camino por otro, de lo que resulta que no llegamos á Carabanchel hasta ya entrada la noche. Temiendo el enojo de papá, vine á acogerme á la casa de Petra, donde he pasado la noche. Hé aquí todo lo sucedido, y espero que usted crea que si soy culpable, lo soy solo por ligereza. (Camilo va á hablar.) Va usted á decirme que eso basta y aun sobra: yo lo confieso, y por lo ménos tendré el mérito de haberlo dicho ántes que usted.

CAMILO. Una cosa extraño, y es que Petra no la haya conducido á usted inmediatamente á la casa de su padre.

ROS. Hay un inconveniente para eso, y es que en la casa de papá me espera un señor muy antipático á quien pretenden entregarme, y del que yo no gusto.

CAMILO. El amable don Prudencio?

ROS. El mismo.

CAMILO. Lo cual quiere decir, que preferimos al culpable Marcelino.

ROS. Pobre chico!

CAMILO. (Qué lástima!) (Mirándola con aficion.) Yo creo que si mi prima se interesa por ustedes...

ROS. Así me lo ha prometido; pero con una condicion.

CAMILO. Cuál?

ROS. Que he de reformar mi guarda-ropa: ya sabe usted que se ha declarado enemiga del lujo.

CAMILO. Y usted condesciende?...

ROS. Por qué no?

CAMILO. (Ba! durará lo que Dios quiera!)

ROS. Ya verá usted de lo que soy capaz. Pero si no me engaño, es la voz de papá.—No quiero que me vea.

CAMILO. Ocúltese usted. (Váse Rosalia por la izquierda. Camilo cierra la puerta.)

ESCENA II.

CAMILO y D. HILARIO, que viene fatigado.

HILARIO. Calla! calla!

CAMILO. Señor don Hilario?...

HILARIO. Usted está en todas partes. Ah! no puedo más. (Sentándose á la izquierda.)

CAMILO. Cómo ha pasado usted la noche con tantas contrariedades?

HILARIO. La noche? figúreselo usted, si es posible. Tan pronto como tuve noticia del rapto, me dirigí á la redaccion de la *Correspondencia de España*, en la que hice insertar el siguiente anuncio: «Olvido! Perdon! Casamiento! Volved á mis brazos!—Aquí tres admiraciones.—Hilario!»

CAMILO. Bien! bien!

HILARIO. Inmediatamente despues, me aposté en mi casa con dos agentes de policia, para atraparlos á su llegada.

CAMILO. Caramba!

HILARIO. La combinacion no podia ser mas ingeniosa; pero cate usted que esta mañana recibo por el correo interior una carta concebida en estos términos. «Reconocimiento! Amor! Adhesion! Pero necesito que se me den garantias.—Marcelino.»

CAMILO. Ha olido el poste!

HILARIO. Eso es: ha olido el poste.

CAMILO. Sabe usted que el sobrino es travieso?

HILARIO. Hay que confesar que es travieso.

CAMILO. Y qué piensa usted hacer?

HILARIO. Figurándome que mi hija podia haber escrito á Petra, he venido á verla, y si sabe dónde podré encontrar á esos pobre chicos...

CAMILO. Habrá verdaderamente perdon?

HILARIO. Y casamiento.

CAMILO. Siendo así... (Se dirige hácia la puerta de la izquierda.)

HILARIO. Pero sin dote.

CAMILO. Ya! (Retrocediendo.)

ESCENA III.

DICHOS, D. CAYETANO y D. PRUDENCIO.

CAYET. No me habian engañado.

HILARIO. Ah, señores! (Dirigiéndose á ellos con aspecto compungido.)

CAYET. Me habian dicho que encontraria á usted aquí...

PRUD. Y hemos venido á hacer á usted presente que lo sabemos todo.

CAYET. Eso es: todo.

HILARIO. Tienen ustedes la bondad de explicarse?

PRUD. El rapto de mi futura es ya conocido.

HILARIO. Y vendrá usted á pedirme que le devuelva su palabra. Pues bien, yo...

PRUD. Perdone usted, don Hilario: su hija de usted, como valor, ha bajado considerablemente; [1] por lo tanto, si ayer la recibia con dos millones de dote, hoy necesito tres.

HILARIO. Ya.

CAMILO. Y es justo: para llenar el déficit...

PRUD. Y eso, por hoy: si la señorita su hija, no parece hasta mañana, pediré cuatro.

CAMILO. Y así, sucesivamente.

PRUD. Así es como se tratan los negocios.

ESCENA IV.

DICHOS y PETRA, por la puerta del fondo.

PETRA. Ah! señores! no esperaba encontrar mi casa tan favorecida.

HILARIO. Venia á decir á usted...

PETRA. No tengo tiempo de escuchar: Fabian sigue mis pasos y necesito hablar con él; tengan ustedes la bondad de pasar al jardin por un momento.

---

1 Puede suprimirse, y así se ha hecho en Madrid, todo lo comprendido entre la llamada y el principio de la escena siguiente.

HILARIO. Pero...

PETRA. Hasta luego.

CAMILO. Vamos, señor don Hilario? (Abriendo la puerta de la derecha.)

HILARIO. Si á lo menos me dijera...

CAMILO. Lo primero es lo primero: adelante, señores.

PRUD. Con eso acabaremos de explicarnos. (Á Hilario.)

HILARIO. Creo que no nos entenderemos. (Vánse hablando D. Hilario y D. Prudencio seguidos de D. Cayetano.)

PETRA. Y tú?

CAMILO. Yo me quedo. (Cerrando la puerta de la derecha.)

PETRA. Déjame hablar con Fabian diez minutos nada más. Entra allí, Camilo: (Señalando á la izquierda.) te lo suplico.

CAMILO. Bien; pero diez minutos nada más. (Váse por la puerta de la izquierda.)

PETRA. Ahí está ya: ahora es necesario hacerle comprender la verdad, y Dios sabe cómo!...

ESCENA V.

PETRA y FABIAN.

PETRA. Por fin, ha venido usted! (Corriendo hácia él muy alegre.)

FABIAN. Petra!

PETRA. Ay, amigo mio! qué noche de ansiedad he pasado, por no saber donde encontrarle! pero en fin, ya pareció usted, gracias á Dios! Vamos! venga usted conmigo.

FABIAN. Dónde?

PETRA. Dónde ha de ser? á su casa! porque estoy ya completamente satisfecha! Leocadia! La pobre Leocadia...

FABIAN. Es inocente: no es eso lo que va usted á decirme? (Con frialdad y retrocediendo.)

PETRA. Sí, sí, inocente! (Deteniéndose al notar la sonrisa irónica de Fabian.) Pero qué significa esa sonrisa irónica?

FABIAN. Nada: que ya me esperaba eso.

PETRA. Dice usted que esperaba...

FABIAN. Que me recibiria usted con esa buena noticia; no se lo

habia dicho á usted ayer? vuelva á leer mi carta.

PETRA. Y si yo le aseguro...

FABIAN. Ayer me ha visto usted exaltado, febril y dispuesto á negarlo ó á creerlo todo; hoy, míreme usted, soy dueño de mí mismo, y por desgracia tengo la calma suficiente para no dejarme llevar de locas esperanzas ni de vanas quimeras.

PETRA. Pero como aquí no se trata de quimeras, sino de verdades que yo garantizo... Tan pronto como dirigí á Leocadia la primera palabra acusadora, toda su inocencia protestó en un grito de estupor. Ante la idea de que habia usted dudado de su propia hija, las lágrimas y la desesperacion de la madre me respondieron de la virtud de la esposa.

FABIAN. Ya! conque ha habido lágrimas? (Con ironia.)

PETRA. Pero usted no cree en nada, Fabian?

FABIAN. Sí tal; creo que mentir, no confesar nunca, negar el delito por más que sea evidente, es el primero y el más sagrado artículo del código femenino, que no encierra más que falsedad, hipocresia y mentira. Ya ve usted si creo.

PETRA. Ah! Dios mio! todos mis temores se realizan! (Un momento de silencio. Petra se queda pensativa.)

FABIAN. Perdóneme usted las incomodidades que la causo. Leocadia la ha convencido á usted, pero en mi lugar, qué hombre quedaria satisfecho? Vamos á ver, qué es lo que dice? qué razones ha dado en su defensa?

PETRA. Para qué hemos de hablar de eso, si ha de ser en balde, si no ha de creer usted nada?

FABIAN. Sin embargo, veamos...

PETRA. Cómo ha de penetrar el convencimiento en ese frio raciocinio que discute cuando es necesario sentir? Yo no he discutido, pero la he visto llorar y me he dicho: «Llora, luego sufre; sufre, luego dice verdad.» Pero vaya usted á probar esta verdad á un hombre semejante. De seguro que pedirá en su apoyo títulos fehacientes, y querrá que se cuenten las lágrimas para juz-

gar de su valor por la suma. Usted quiere pruebas, no es verdad?

FABIAN. Desde luego.

PETRA. Pues bien, amigo mio, no las tengo; aquí es necesario creerla como yo, sin otra garantia que su dolor. (Con calor.) Vamos á ver, Fabian! es usted hombre capaz de venir conmigo á su casa, de verla, de oirla, sin exigir otro testimonio?

FABIAN. Y usted, hermana mia, se contentó con su palabra cuando juró que no conocia á ese hombre?

PETRA. No.

FABIAN. Y por qué? ella lo juraba sin embargo.

PETRA. Mintió.

FABIAN. Ah! mintió. Y quién me asegura que no mienta ahora? qué diferencia halla usted entre esos dos juramentos?

PETRA. Qué diferencia! ah! no es posible entenderse en estas cosas con hombres como usted. Venga usted á verla, se lo suplico! Venga usted, Fabian! (Procurando llevarle hácia el fondo.)

FABIAN. Para qué? para que me asegure de nuevo que no conocia al marqués!

PETRA. No, puesto que ya confiesa lo contrario.

FABIAN. Ah! vamos! ha cambiado de táctica. Por supuesto que no será mas que un amigo! el más desinteresado de los amigos.

PETRA. Ni aun eso: un cualquiera, una persona indiferente que la salvó en una situacion crítica...

FABIAN. Es verdad. Se me habia olvidado de que en estos casos hay siempre un salvador.

PETRA. No se ria usted, Fabian! la verdad es esta; usted negaba á su mujer el dinero que necesitaba para sus caprichos, y ella lo buscó en el juego.

FABIAN. En el juego!

PETRA. Sí, en Baden; y cierto dia en que no pudo pagar una cantidad crecida que habia perdido, el marqués pagó por ella sin conocerla.

FABIAN. Eso es lo que dice?

PETRA. Y esa es la verdad; porque puesta en el caso de mentir, confiéselo usted, Fabian! se inventa una fábula vergonzosa como lo es esta?

FABIAN. Y esa deuda?...

PETRA. Acababa de pagarla cuando la encontró Faustina con el marqués en los jardines de la plaza de Oriente.

FABIAN. Nada más?...

PETRA. Nada más.

FABIAN. Bien! y la niña? ha olvidado usted que vieron á ese hombre besar cariñosamente á la niña!...

PETRA. En los brazos de su madre? eso lo hace todo el mundo y todos los dias, de la manera más inocente.

FABIAN. Tal vez; pero qué contenian aquellas cartas que usted quemó ayer delante de mí?

PETRA. La prueba de su inocencia que yo he destruido sin saberlo, escritas por nuestra hermana, por la pobre Carlota.

FABIAN. Eso es lo que dice Leocadia?

PETRA. Eso es lo que llora.

FABIAN. Dios mio! qué debo hacer? qué debo hacer?

PETRA. Crea usted á su propio corazon, que está diciéndole: «Es verdad!» Venga usted, Fabian! una sola mirada suya le persuadirá á usted mejor que cuanto yo pueda decirle. Piense usted en que ha pasado una noche horrible, desolada, y llamando á su marido á quien ama; sí, á quien ama como usted la ama á ella, por más que quiera aparentar otra cosa: la ama usted á pesar suyo. Está usted conmovido, veo en sus ojos una lágrima! ah! ya estoy segura de que vendrá usted! No perdamos un momento. (Cogiéndole del brazo.)

FABIAN. No! de ninguna manera iré.

PETRA. Todavia duda!

FABIAN. Deme usted una prueba, una sola, y lo creeré todo: de lo contrario, no puedo ir allá! nunca!

PETRA. (Desalentada.) Tiene usted razon, nunca saldremos de ahí! (Momento de silencio.) Adios. (Hace ademan de salir.)

FABIAN. Me deja usted?

PETRA. Sí.

FABIAN. Qué va usted á decirla?

PETRA. De usted? nada: bastante sufre la infeliz con la otra pena que la mata.

FABIAN. Qué pena?

PETRA. La niña...

FABIAN. Hable usted. (Inquieto.)

PETRA. Hemos pasado toda la noche á su cabecera. No habia querido decírselo á usted; pero Magdalena está mala.

FABIAN. Mala mi hija? (Dando un grito.)

PETRA. Sí.

FABIAN. Gravemente?

PETRA. Gravemente!

FABIAN. Por causa de alguna imprudencia...

PETRA. Se quedó abierta una ventana...

FABIAN. Ya sospechaba yo... Si lo he dicho mil veces! Y qué dice el médico?

PETRA. Abriga sus temores...

FABIAN. Ha tenido calentura?

PETRA. Toda la noche.

FABIAN. Ah! Magdalena mia! y me estoy aquí, clavado, mientras que... Vamos!

PETRA. (Por fin!)

FABIAN. Si tuviera la desgracia de perder á mi... (Deteniéndose de repente.) Pero qué digo!

PETRA. Fabian! ha dicho usted; «mi hija!» esas son las primeras palabras que han acudido de su corazon á sus labios, y esas son las que debe usted creer. Deje usted en libertad á su alma entera para que pueda gritar como quiere; «mi hija! mi hija!...» Fabian! Magdalena llora y se queja! padece y llama á su padre.

FABIAN. Tiene usted razon: el dolor que siento no puede engañarme. Corramos. (Cuando van á salir por la puerta del fondo, se presenta Camilo en la de la izquierda: todos se detienen.)

ESCENA VI.

PETRA, FABIAN y CAMILO.

PETRA. Camilo!

FABIAN. Él aquí!

CAMILO. Sí, caballero: vengo á dar á usted las explicaciones que sin duda iba á pedirme ayer.

PETRA. Este momento no es el más á propósito... (Colocándose entre los dos.)

FABIAN. Al contrario: mi sufrimiento es superior á mis fuerzas, y quiero saber á cualquier precio cuál de los dos tiene derecho á acercarse á la cuna de Magdalena. (Ap. á Petra.)

PETRA. Está usted decidido á ello?

FABIAN. Que si lo estoy? daria mi sangre toda por librarme del tormento de esta duda.

PETRA. Camilo: en este momento no puedes hablar con Fabian. (Obsérvelo usted con cuidado.) (Ap. á Fabian.)

CAMILO. Por qué?

PETRA. Porque se encuentra dominado de un pesar profundo.

CAMILO. Cuál?

PETRA. Una desgracia terrible: su hija está gravemente enferma.

CAMILO. Ah!

FABIAN. Se ha estremecido. (Ap. á Petra.)

PETRA. Como hubiera hecho cualquiera otro.

CAMILO. Perdóneme usted, caballero: conozco que en semejante ocasion, no debo... Pero me tiene usted á sus órdenes para el dia en que guste dármelas. (Coge su sombrero y su baston y se dirige lentamente hácia la puerta del fondo.)

PETRA. Se marcha. (Ap. á Fabian.)

FABIAN. Sin duda para ir á verla.

PETRA. Á ese paso? mírele usted bien.

FABIAN. Qué no hará un hombre por salvar á la mujer á quien ama?

PETRA. Pero usted no cree nada!—Camilo! (Alzando la voz.)

CAMILO. Prima. (Volviéndose.)

PETRA. Espera un instante. Será preciso deçirlo todo, puesto que me obligan á ello.

CAMILO. Qué sucede? (Bajando al proscenio.)

PETRA. Magdalena no está enferma: ha muerto.

FABIAN. Ha muerto! (Lanzando un grito de dolor.)

CAMILO. Ha muerto! (Con sentimiento.) Ah! caballero!...

PETRA. Es ese el dolor de un padre? (Ap. á Fabian.)

FABIAN. No! no! qué habia de ser ese un padre! Pero es verdad? ha muerto mi hija? mi hija!

PETRA. No: he mentido; la niña se ha salvado, y creo que sus padres tambien. (Leocadia aparece á la puerta del fondo.)

FABIAN. Y Leocadia? dónde está?

ESCENA VII.

DICHOS y LEOCADIA.

LEOC. Aquí: te buscaba.

FABIAN. La niña?

LEOC. Está fuera de peligro: nada temas. Te buscaba porque... no puedes figurarte qué alegre estoy! al fin he podido encontrar... Oh! estaba loca sin duda! cómo no lo he recordado ántes? Yo tenia una carta de Carlota y lo habia olvidado: hace pocos momentos me acordé de ella; corro á mi pupitre estremeciéndome de temor y de esperanza, y estaba allí... mírala! es la prueba de mi inocencia! es la garantia de mi honor. (Alargándole una carta.)

FABIAN. Leocadia! (Rompiendo la carta.)

LEOC. Qué haces?

PETRA. Bien! Fabian!

FABIAN. Esposa mia! perdóname: ya lo sé todo: he sido muy cruel, muy injusto para contigo; pero es verdad que me perdonas y que me amas? Oh! qué feliz soy! (Abrazándola.)

LEOC. Y yo?

FABIAN. Pues no estoy llorando? qué ridiculez!

CAMILO. Llore usted! llore usted! Yo tambien!... ello será ridículo, pero hace bien al corazon.

PETRA. Ahora... perdóneme usted, Fabian: he estado un poco brutal; pero no encontré otra manera de...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. HILARIO, que trae sujeto á MARCELINO, D. CAYETANO y DON PRUDENCIO; luego ROSALIA.

HILARIO. Ah, tunante! al fin te he puesto la mano encima. Le he pillado rondando por estos alrededores.

MARC. Tio!

HILARIO. Y su cómplice no debe estar muy lejos de aquí: tal vez en esta misma casa.

PETRA. Sí, señor: aquí está desde ayer, bajo mi salvaguardia. (Abriendo la puerta de la izquierda y haciendo salir á Rosalia.)

ROS. Papá!

HILARIO. Apártate de mí!

MARC. Tio!

HILARIO. Atrás!

CAMILO. Señor don Hilario!—Olvido! Perdon! Casamiento! Volved á mis brazos!—Está dicho, y en letras de molde.

HILARIO. Nunca! yo los mal... (Extendiendo el brazo en ademan trágico.)

MARC. Sin dote.

HILARIO. Eso es diferente. (Deteniéndose en su ademan majestuoso y volviendo á meter la mano en el bolsillo.) Solo en el caso de que el señor don Prudencio...

PRUD. Ya lo he dicho; tres millones, ó no hay boda.

HILARIO. Seria necesario ser un idiota para dudar. Marcelino, te concedo su mano.

ROS. Ah, papá. (Corriendo á echarse en sus brazos.)

HILARIO. Pero, señor! qué es lo que yo he querido siempre sino la felicidad de mis hijos?

PETRA. (Y tú te quedas soltero? (Á Camilo ap.)

CAMILO. Creo que no será por mucho tiempo.)

ROS. No oyen ustedes! es la voz de mamá.

HILARIO. (Admirado.) Calla! pues es cierto!

ROS. Qué dichosa casualidad! voy á decirle que venga para que tome parte en nuestra alegria. (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS menos ROSALIA.

CAMILO. Por fin, voy á tener el gusto de conocer á esa señora.

HILARIO. (Y yo tambien.) Qué es eso, don Cayetano? anda usted desviado de nosotros!

CAYET. Qué quiere usted? como veo que están ustedes entregados al sentimentalismo!... (Con tono burlon.)

PRUD. Y á los casamientos por amor!... (Lo mismo.)

PETRA. En efecto, el de Rosalia con Marcelino, casi puede llamarse así.

FABIAN. Y no cuenta usted el mio? porque desde ahora vamos á constituir un nuevo matrimonio.

PETRA. Pero, señor! si el secreto es muy sencillo! que el marido viva ménos tiempo en la calle y la mujer más en su casa: que él esté ménos ocupado y ella un poco más, y cate usted un matrimonio feliz.

ESCENA X.

DICHOS y ROSALIA.

LEOC. Qué es eso? y mamá?

ROS. No estaba ya en casa: vino porque se le habia olvidado la sombrilla.

PETRA. (Para esa no hay ya remedio: es incorregible.)

CAMILO. (Pues, señor: está de Dios que no he de conocer á la mamá.)

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 2 *de Octubre de* 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumens y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiáles.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera,
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno:
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Oloña.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Ponteredra.	J. Buceta Solla y Cómp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R, Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Moriana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo y A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.